

*Ilustra este número:*  
Gloria Ramírez Ayvar



Los grabados que ilustran este número del Boletín *Antropología* son obra de Gloria Ramírez Ayvar, quien se formó como artista visual en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda”, y forman parte de la exposición retrospectiva que le organizó la Escuela Nacional de Artes Plásticas en la Academia de San Carlos a principios de este 2008. Gloria ha sido distinguida con el Premio Omnilife 2001, y en la actualidad es colaboradora del maestro Alejandro Alvarado Carreño en la ENAP y coordinadora cultural de la Asociación Mexicana de Grabadores de Investigación Plástica A.C. Su obra ha sido expuesta en diversas entidades de la república y en países como Egipto, España, Italia, Rumania, Suecia, Bélgica, Turquía y Estados Unidos. Su gráfica es valorada por conocedores como de excelencia técnica, ya se trate en sus variantes tradicionales de aguafuerte, aguainta, punta seca y xilografía, o bien en sus técnicas mixtas en donde hace uso del monotipo, o de soportes de impresión no convencionales como el plástico o la tela, en donde funde de alguna manera la gráfica y la pintura. Además de la técnica, Gloria demuestra un gran dominio en el manejo de las herramientas lo mismo que de los materiales de que se vale, lo que le permite lograr trabajos de gran valía en términos formales.

Pero ese conocimiento y dominio de las técnicas y materiales no sería nada si no se combinara con el elemento fundamental de todo buen creador que es el talento. Y ciertamente, la obra de Gloria tiene esa chispa y peculiaridad que la distingue, al lograr atraer la mirada ajena porque su posición como creadora va más allá de la impostura discursiva y de las corrientes puestas de moda. Su trabajo lo emprende con una actitud enteramente libre y lúdica, en la que se conjugan percepciones, sentimientos, intuiciones y fantasías; los temas que escoge se proyectan como meros pretextos a partir de los cuales logra obtener diversas composiciones de gran valor formal, en las que las gamas tonales, ritmos lineales, planos y claroscuros, lo mismo que una diversidad de sutilezas y transgresiones le dan un marcado carácter expresionista y gestual a su obra. Ello nos hace recordar las palabras de un gran pensador, quien señala que el artista no sólo goza de una conciencia *en sí*, sino *para sí*, lo que le permite alcanzar la espiritualidad transformadora en el arte que produce, y que lo distinguen del resto de los seres vivos. Esa capacidad creadora la desarrolla Gloria con creces y agradecidos con ella estamos por permitirnos ilustrar estas páginas con su obra (N. del E.).

# ¿Quo vadis, Mesoamérica?

## Primera parte

*La investigación moderna, llevada a cabo por [...] Nordenskiöld, Rivet, Krickeberg y muchos otros, ha demostrado que la América indígena lejos de haber sido “un mundo aparte evolucionando sobre sí mismo”, siempre fue, en mayor o menor escala, lo que es hoy en día: parte del mundo* (Kirchhoff, 1944e: 228).

**El Kirchhoff de 1937-1943: entre la escuela alemana-vieneses de los círculos culturales, el enfoque estadounidense de las áreas culturales y el autoctonismo nacionalista de la antropología mexicana**

**A**l enfrentar la tarea de analizar cuál es la teoría y el método subyacentes a la noción de Mesoamérica, Vázquez León (2000) pretende haber descubierto que, en lo fundamental, se trata de la propuesta de Fritz Graebner (1877-1934), desarrollada en su manual de *Metodología etnológica* (1940 [1911]), “la piedra angular de la escuela histórico-cultural de etnología” (Baumann, 1975 [1968]: 197). Llama a una reflexión el hecho de que Paul Kirchhoff (1900-1972), un autor con gran reputación de marxista en el medio antropológico mexicano (Jiménez Moreno, 1979: 12, 15 y 21; García Mora, 1996: 227; García Mora, Manzanilla y Monjaraz-Ruiz, 2002: 27; Rutsch, 2000: 43), haya elaborado su obra más célebre —el ensayo sobre Mesoamérica (1943), admitido “como artículo de fe nacionalista y a veces hasta izquierdista” (Vázquez León, 2000: 183; García Mora, 1979)—, con base en la tan criticada y, en algunas variantes, derechista problemática de los “círculos culturales” (*Kulturkreislehre*).

Al respecto, Rutsch señala que “Más de un colega es víctima del desconcierto ante las ‘incomodidades’ conceptuales de su antiguo maestro, quien, encima de todo, no ofrece explicación alguna entre la aparente incongruencia entre sus convicciones y militancia políticas izquierdistas y sus conceptualizaciones aparentemente derechistas” (2000: 44). En tanto que para Vázquez León:

\* Coordinación Nacional de Difusión, INAH.



En realidad, desde su primera presentación pública [en México] (Kirchhoff, 1979 [1937]: 17) quedó claro que su discurso marxista estaba sobreexpuesto al difusionismo (2000: 182). [...] tan difusionista extremista era el Kirchhoff de 1937 [“Etnología, materialismo histórico y método dialéctico”] como el de 1971 [*Principios estructurales en el México antiguo*]. No existe la separación entre un “Kirchhoff joven” y un “Kirchhoff viejo”. Esa interpretación simplista [...] se ha inventado para [...] el apuntalamiento de una Mesoamérica como proposición incorregible [...]. Mesoamérica como concepto kirchhoffiano es incomprensible sin la “finalidad teórico-sistémica” de Graebner y otros seguidores de la historia cultural alemana y austriaca (2000: 186-187).

Independientemente de las diferencias en matices —aclaradas por el propio Kirchhoff (1956, *apud* Vázquez León, 2000: 189; *ibidem*: 170 y 182) y por Heine-Geldern (1964)—, es probable que este autor fuera consciente de que la versión que circulaba en el medio académico mundial era la actualización del método de Graebner, preparada un cuarto de siglo más tarde por el líder de la escuela de Viena, *The Cultural Historical Method of Ethnology (Handbuch der Methode der kulturhistorischen Ethnologie)* (Schmidt, 1939 [1936]), que en su edición estadounidense apareció con el subtítulo inadecuado de *The Scientific Approach to the Racial Question*. Según Jiménez Moreno (1979: 13), la formación antropológica de Kirchhoff en la década de 1920 estuvo vinculada de alguna manera con obras de la escuela de Wilhelm Schmidt, quien, para algunos, “Perfeccionó la teoría de Graebner sobre los *Kulturkreise*” (Henninger, 1976 [1968]: 496) mientras que, para otros, “absorbió la doctrina de Graebner en su versión más extrema y dogmática; [pues su] *Cultural Historical Method of Ethnology* contiene muchas observaciones sabias acerca de la precaución que debe ser tomada en cuenta en la aplicación del método. Pero, en la práctica, él fue proclive a desatenderlas” (Heine-Geldern, 1964: 414).

Graebner, en colaboración con Bernhard Ankermann (1859-1943) había desarrollado y sistematizado las propuestas iniciales de Friedrich Ratzel (1882, 1888-1889 [1885-1888] y 1893, entre otros textos), fundador de la antropogeografía, y de su alumno Leo

Frobenius (1898) y había logrado una síntesis coherente del método histórico cultural en 1911. Paralelamente, el método se había venido aplicando a Oceanía (Graebner, 1905 y 1909a), África (Ankermann, 1905) y Sudamérica (Schmidt, 1913). Este último autor había publicado una extensa y elogiosa reseña del libro metodológico de Graebner en la revista *Anthropos* (Schmidt, 1911). Así, “La concepción del *Kulturkreis* (círculo cultural) fue creada por Frobenius, pero fueron los artículos de Graebner y Ankermann de 1905 los que marcan el inicio de una escuela definida de pensamiento basada en este principio” (Heine-Geldern, 1964: 412).

Si bien Graebner “nunca hizo trabajo de campo” (Baumann, 1975 [1968]: 197), había publicado una monografía histórico cultural sobre la Islas de Santa Cruz (1909b), pero “perdió varios años cuando fue mantenido como prisionero de guerra en Australia [de 1914 a 1919]” (Schmidt, 1939 [1936]: 62); “Esto le sucedió porque inmediatamente antes del estallido de la [Primera] Guerra [Mundial] había aceptado la invitación oficial del gobierno [australiano] para asistir a un congreso internacional” (*ibidem*: 86). Luego publicó su síntesis sobre la etnología (1923) y “una teoría general de la historia [Graebner, 1925 [1924]], según la cual una antigua cultura muy avanzada se había difundido por los dos continentes” (Baumann, 1975 [1968]: 197).

En lo que se refiere a las publicaciones, puede considerarse que la teoría [de los *Kulturkreise*] prácticamente no existió [en Alemania]. Probablemente no es incorrecto decir que en Alemania la influencia directa de la teoría del *Kulturkreis* fue muy superficial. En Suiza no existió. Pero en Austria la cuestión fue muy diferente (Heine-Geldern, 1964: 413).

Schmidt justifica la publicación revisada y actualizada del “método etnológico”, basada en sus clases sobre el libro de Graebner en la Universidad de Viena (en 1932-1933), por el hecho de que este autor, desde 1928, “había quedado mentalmente muerto a causa de una enfermedad no diagnosticada” (1939 [1936]: XXI), hasta su fallecimiento en 1934. Por otra parte, el texto de Graebner era sumamente conciso, con fre-

cuencia oscuro y lleno de pasos en los que se traslapaba el desarrollo del argumento. “Una de las razones que incitaron al doctor Schmidt a escribir este libro sobre metodología [etnológica] era la dificultad para entender el trabajo de Graebner (incluso para la gente de habla alemana) sobre el mismo tema” (Sieber, 1939: XXVII-XXVIII). Sobre todo, Schmidt argumentaba que, desde la aparición del método de Graebner en 1911, “la etnología había logrado progresos significativos en cada aspecto. Estos progresos han servido para desarrollar y perfeccionar el método mismo, y el desarrollo del método ha incrementado las posibilidades de la ulterior investigación etnológica productiva” (*idem*).

En el prefacio, Clyde Kluckhohn (1905-1960) denunciaba

[...] las lamentables confusiones y malentendidos sobre la “escuela histórico cultural” [austriaco-alemana], que han sido tan usuales entre los etnólogos de habla inglesa. “Graebner” y “Schmidt” son nombres que surgen frecuentemente en las conversaciones de pasillo de mis colegas en este país [Estados Unidos] e Inglaterra, pero —si me puedo permitir la ingenuidad— aparece como una deducción burda, a partir de mis “notas de campo” sobre tales conversaciones, que estos autores han sido más platicados que leídos (1939: v).

El libro de Schmidt constituye “una exégesis diligente de Graebner con una elucidación detallada de muchos de los temas involucrados. Las correcciones, modificaciones y añadidos del padre Schmidt proporcionan la más reciente formulación y el conjunto ofrece una guía completa y conveniente para todos los aspectos del método histórico cultural” (*ibidem*: VI).

Para la edición del método de la “Escuela de Graebner-Schmidt”, este último autor se basó también en investigadores que habían aceptado y puesto en práctica las ideas de Graebner, como Pinard de la Boullaye (1929 [1922 y 1925]), en Francia, y van Bulck (1931), en Bélgica. Contó, asimismo, con la colaboración en algunos capítulos de otro importante antropólogo, Wilhelm Koppers (1886-1961).

Kluckhohn encomiaba el libro, ya que

[...] los puntos más fuertes son precisamente los más débiles de nuestra antropología en este país [Estados

Unidos] (en la medida en que se puede generalizar). Estamos orgullosos (con razón, así lo considero) de nuestro escrupuloso trabajo de campo. Pero la investigación de biblioteca (y, en buena medida también, la de museo) se ha realizado con menos intensidad y extensión que en Europa y con menos atención a los cánones de procedimiento. Éste es, con seguridad, el tratado más exhaustivo sobre estas precisiones de detalle tanto acerca de las fuentes materiales como sobre la lógica de inferencia [...]. La presente traducción estimulará a los antropólogos culturales de habla inglesa hacia una mayor articulación y una consideración más sistemática de los problemas del método y la teoría (*idem*).

En todo caso, la denominada escuela histórico cultural, independientemente de sus variantes, coincidía en su rechazo a la doctrina prevaeciente de “una evolución multilineal, paralela, independiente, pero idéntica en lo esencial, como resultado de innatas leyes inconscientes [el gracioso expediente de la unidad psíquica de la humanidad, para cuyo postulado] cuando se descubren rasgos culturales semejantes, se debe pensar que se han desarrollado independientemente por *generatio aequivoca*” (Heine-Gelden, 1964: 410-411).

Pero, regresando a la hipótesis de Vázquez León, basta una somera comparación de los manuales de Graebner y Schmidt con el breve ensayo de Kirchhoff sobre Mesoamérica, para concluir que, de manera manifiesta, éste no corresponde al refinamiento y rigor logrados y propuestos por el método histórico cultural. Sin embargo, debe quedar englobado dentro de su enfoque general pues constituye el “contexto conceptual más amplio de Mesoamérica, concepto nacido al amparo de la historia cultural alemana” (Rutsch, 2000: 38).

Según la apreciación de Carrasco, la propuesta de Kirchhoff

[...] es, y fue desde el comienzo, un problema algo chiquito y poco teórico [...]; aunque digo que no considero [a] Mesoamérica [...] como un concepto de gran profundidad teórica, es indudable que sí hay que discutir cuáles son los fundamentos teóricos [...] para definir el área [cultural] de Mesoamérica. [...] Kirchhoff se interesaba en problemas de estratificación social, de origen del

Estado, del parentesco, pero esto no aparece en la definición de Mesoamérica. [...] en la clasificación de Kirchhoff, [...] la definición del área se convierte en una búsqueda y enumeración de rasgos [distintivos], rasgos sueltos, que están sueltos porque el investigador los ha soltado del complejo en el que se encontraban [...]; es una lista de rasgos individuales y esto se conecta naturalmente con los estudios de distribución de rasgos culturales y con problemas de difusión (1990 [1985]: 202-204).

Este testimonio es de suma trascendencia, ya que Pedro Carrasco Pizano (1921), transterrado desde España a México, fue uno de los alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) que, a principios de la década de 1940, colaboró con Kirchhoff en la revisión de las fuentes del siglo XVI para encontrar la vigencia en los diferentes grupos nativos de la lista de determinados rasgos culturales que el profesor había establecido de antemano (con algunos colegas y alumnos), sin discutirlos con todos ni explicarles cuál era la finalidad del ejercicio escolar (Comunicación personal, 1985).

Existen varios testimonios orales según los cuales un grupo de estudiantes dirigidos por él se dedicó a “peinar” varias fuentes históricas, hasta ahora no identificadas plenamente en ninguna publicación sobre el tema [...]. Una de las estudiantes que participó en el proyecto, sin recibir crédito alguno por parte de Kirchhoff por cierto [como todos los demás], fue la sueca Barbro Dahlgren. Según su testimonio publicado, el etnólogo alemán se basaba en datos localizables en el espacio y en el tiempo, para con ellos aplicar un método geográfico histórico y lingüístico para identificar elementos culturales “diagnósticos”. Con base en tales elementos, estableció áreas y subáreas culturales en el marco continental. De ese modo, él fue abarcando, uno por uno, los diversos niveles socioculturales en América, desde aquellos de los pueblos de Baja California hasta los de las altas culturas. Los indicadores que utilizó variaron según el nivel de desarrollo de los pueblos estudiados (García Mora, 2000: 74-75).

Así, “Al parecer, desde 1939 Kirchhoff empezó su vasta encuesta de rasgos y complejos distintivos que le permitió concebir Mesoamérica, finalmente ayudado por varios estudiantes y, según se sabe, con al menos la cerca-

nía crítica de Wigberto Jiménez Moreno” (*ibidem*: 75). El testimonio de Ricardo Pozas indica que el trío Weitlaner-Jiménez Moreno-Kirchhoff trabajaba en equipo; de hecho, Weitlaner declararía que dicho equipo estaba preparando en 1942 un listado de rasgos culturales para la elaboración de áreas culturales en México, de manera muy semejante a los trabajos de la Universidad de California en Berkeley (*apud* Rutsch, 2000: 42).

Robert Julius Weitlaner (1883-1968), aunque era de origen austriaco, tampoco era seguidor ni estaba familiarizado directamente con la escuela histórico cultural. Había iniciado su formación antropológica, de manera informal, con Franz Boas (1858-1942), Robert Lowie (1883-1957) y Edward Sapir (1884-1939), durante su residencia en el noreste de Estados Unidos, entre 1909 y 1922 (Castro, 1988: 518). Luego, a partir de 1930, se había formado como antropólogo en México con Alfonso Caso (1896-1970), Eduardo Noguera (1896-1977), George Clapp Vaillant (1901-1945), Pablo González Casanova (1889-1936) y Jacques Soustelle (1912-1990) (Weitlaner, *apud* Pompa y Pompa, 1966: 32). Bajo la dirección de Hermann Beyer (1880-1942), antes de 1927, también siguió cursos sobre códigos (Castro, 1988: 520). Finalmente, “primero a través de su yerno Jean Basset Johnson [1915-1944] y luego a través de su hija Irmgard [1912], ‘cursó’ gran parte de la carrera de antropología como se impartía en Berkeley a finales de los años de 1930 y principios de 1940” (Dahlgren, 1966: 26). Weitlaner se declaraba seguidor del método cuantitativo de elementos culturales de Kroeber y de los métodos descriptivos de culturología de Boas y Kirchhoff (*apud* Pompa y Pompa, 1966: 33). En particular, “aplicó aquí [en México] el método de análisis cuantitativo elaborado por [Stanislaw] Klimek [en Berkeley (1935)] para los estudios de distribución y concentración de datos etnográficos” (Dahlgren, 1966: 26).

Beyer tampoco era partícipe del método histórico cultural; de hecho, Caso considera que este mexicanista —fundador de la revista *El México Antiguo* en 1919 y de quien fue alumno en 1924— había sido autodidacta y discípulo indirecto de Eduard Seler (1961 [1943]: 24).

Por su parte, Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985) había sido atraído a la antropología por Caso en

1933 y enviado por él a Harvard para que cursara estudios, en 1934-1935, con Alfred M. Tozzer (1877-1954), Ernest A. Hooton (1877-1954), Roland B. Dixon (1875-1934) y Carleton S. Coon (1904-1981); de esta manera, si bien fue condiscípulo de Gordon F. Ekholm (1909-1987) y Clyde Kluckhohn (Jiménez Moreno, 2004 [1978]: 36) —quienes se adhirieron luego a perspectivas difusionistas— ése no fue su caso.

El propio Jiménez Moreno aclararía que el término Mesoamérica fue acuñado a propuesta de él: “Me tocó actuar de padrino sugiriendo el nombre con que

Kirchhoff bautizó su criatura” (1979: 15). Más aún, este autor considera que, al menos en lo referente a la región noroccidental, la delimitación cultural de Kirchhoff constituye una continuación de los trabajos de Othón de Mendizábal (1928-1929), Beals (1932) y Kroeber (1939) (1975: 471 [941-942]-472 [943-944]). “La contribución medular de Kirchhoff consistió en afinar la ya avizorada demarcación y composición étnica de Mesoamérica y determinar cuáles eran sus caracteres culturales” (*ibidem*: 472 [943]).



Figura 1. “Mesoamérica y las áreas culturales de América”, *apud* Vivó, 1946: 65.

Regresando a la cuestión del enfoque teórico, en Estados Unidos la propia investigación etnográfica había desarrollado una corriente especial sobre las áreas culturales. El pionero había sido Otis T. Mason (1895, 1899 y 1907). Las áreas de Mason, reformuladas por G. Holmes (1914), fueron la base para el tratamiento fundador de Clark Wissler (1917) y, posteriormente, de Kroeber (1939). De cualquier manera, es correcta la apreciación de este último en el sentido de que “el concepto de área cultural fue una formulación común de casi la escuela completa de antropología estadounidense” (Kroeber, 1931: 250; *apud* Harris, 1969: 374). Se debe resaltar, sin embargo, que el recurso a listados exhaustivos de rasgos culturales para definir las áreas con base a coeficientes de similitud fue iniciado por Kroeber (Kroeber y Driver, 1932; *apud* Harris, 1969: 376)

Si bien las propuestas de la escuela histórico-cultural europea se encontraban en un estado de mayor sistematización teórica, no se oponían del todo a los avances de la escuela estadounidense en lo referente a las áreas culturales. De hecho, no había mayor confrontación de los boasianos con la escuela de Graebner-Schmidt —“eran críticos, pero no antipáticos”—, cuando con otras corrientes difusionistas, como las británicas, eran francos contendientes (Harris, 1969: 379). Más aún, había bastantes correspondencias entre las propuestas de Wissler y Kroeber con las de la escuela alemana-vieneses y Kluckhohn había sido alumno de Schmidt en Viena (*ibidem*: 389); más aún, publicó un artículo sobre la escuela de los círculos culturales (1936) en la revista *American Anthropologist*.

Por su parte, Schmidt juzgaba que los antropólogos estadounidenses llegarían, conforme avanzaran en la discusión teórica de la problemática de las áreas culturales, a posiciones más próximas a las de la escuela histórico-cultural (1939 [1936]: 36-71). En síntesis:

En los Estados Unidos el pensamiento difusionista culminó en la elaboración de un concepto de áreas culturales, en tanto unidades geográficas relativamente pequeñas basadas en la distribución contigua de elementos cultura-

les. En Europa, la misma tendencia condujo al surgimiento de la noción de *Kulturkreise*, o Círculos culturales, complejos más extensos de rasgos que han perdido su unidad geográfica originaria y ahora están dispersos a lo largo del mundo (Harris, 1969: 373).

Así, tendencialmente, se presentaban diferencias entre la escuela estadounidense y la alemana-vieneses en especial en lo referente al énfasis de la difusión o la autoctonía cultural, el tamaño de las áreas a tratar y el método a seguir:

<b>Escuela estadounidense</b>	<b>Escuela alemana-vieneses</b>
áreas culturales “reducidas”	áreas culturales amplias
desarrollo cultural “autóctono” (particularismo histórico)	desarrollo cultural por difusión a gran escala
áreas delimitadas por fronteras	círculos culturales globales y dinámicos
listado de rasgos culturales	análisis de complejos concretos

La Segunda Guerra Mundial cambió drásticamente el panorama de la relación con la antropología de los países de lengua alemana. La cultura alemana fue estigmatizada —en lo general y en lo particular, como era el caso de las perspectivas antropológicas— de manera severa y dogmática por Estados Unidos y sus países satélites. El asunto llegó al nivel de la integridad de las personas, como fue el caso sonado de Beyer, quien había ingresado en 1927 en calidad de asociado en Arqueología en el Middle American Research Institute de la Universidad de Tulane, en Louisiana.

“El Dr. Beyer [...] era Fellow de la American Association for the Advancement of Science” (Wauchope, 1961 [1944]: 33). “Al estallar la guerra, Beyer, que no había perdido su nacionalidad [alemana], tuvo que ser llevado con otras personas a un campo de concentración...” (Caso, 1961 [1943]: 25). “Dr. Hermann Beyer, noted archeologist, died last December 6 [1942] at the Army’s Strington Camp for

interned aliens in Oklahoma” (*apud* Gropp, 1961 [1959 (1943)]: 36).

A Kirchhoff, “Por su posición ideológica adversa a los nazis, le privaron éstos, en 1939, de la ciudadanía alemana, y en 1941 se naturalizó como mexicano” (Jiménez Moreno, 1979: 12).

#### La Mesoamérica ¿de Kirchhoff?

El trabajo de Kirchhoff sobre las áreas culturales de América debe ser analizado bajo las determinaciones de una situación histórica particular. El Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América fue establecido en la primera fase del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, realizada en la capital mexicana en 1939 —del cual había sido presidente Caso—, y ese mismo año su primera “sesión se reunió en México [...] por invitación [del mismo] Caso, el entonces flamante primer director general del INAH” (Vázquez León, 2000: 181).

Para González Jácome, la concepción original de Mesoamérica corresponde a “Kirchhoff, sus colegas [Roberto Weitlaner y Wigberto Jiménez Moreno] y discípulos [Barbro Dahlgren, Ricardo Pozas, Pedro Carrasco y Fernando Cámara, entre otros]” (2000: 122). Pedro Armillas jugó un papel intermedio, entre colega menor y alumno avanzado (Jiménez Moreno, 1979: 15; Lorenzo, 1991: 20). Esta autora aclara que no busca minimizar el papel relevante del antropólogo alemán “en el montaje del concepto” (González Jácome, 2000: 122). Sin embargo, la “proposición que incluye el considerar la discusión [de la definición de áreas y superáreas culturales en el continente americano] a través de establecer tres grandes grupos de distribución de rasgos culturales: 1) elementos exclusivos del área, 2) elementos comunes del área y de otras superáreas culturales de América y, 3) elementos que se significan por su ausencia en el área” (*ibidem*: 126-127) fue elaborada por el Comité designado por el Congreso Internacional de Americanistas (*ibidem*: 127; Kirchhoff, 2002 [1943]: 48), con sede en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y apoyado por el INAH y el Departamento de Antropología del Instituto Politécnico (Vivó, 2002 [1940]: 42). Sus miembros

eran —además de los mencionados, residentes en México— E. A. Hooton, Alfred L. Kroeber, Carl O. Sauer y Julian Steward —residentes en Estados Unidos— y Sigvard Linné (Estocolmo), Paul Rivet (París) y Antonio Serrano (Buenos Aires) (Kirchhoff, ed., 1941: 13).

Sin duda, Kirchhoff fue designado como secretario del Comité referido, porque era el más indicado para constituirse en el común denominador de sus integrantes. Ya estaba asimilado en la antropología mexicana, a la que se había incorporado en septiembre de 1936. Antes, se había familiarizado con la perspectiva estadounidense, pues había trabajado en la Universidad de Columbia en 1929-1930 y entonces había tenido contactos con el patriarca Franz Boas; luego, a partir de 1934 y de manera intermitente, hasta 1936 estuvo relacionado con la Universidad de Pennsylvania. Por otra parte, había trabajado en 1933-1934 “en París, en el Trocadero, —el posterior Museo del Hombre y actual Musée du Quai Branly— al lado del doctor Paul Rivet” (Jiménez Moreno, 1979: 15).

El famoso ensayo de Kirchhoff sobre Mesoamérica —publicado en el primer trimestre de 1943, en la etapa álgida de la Segunda Guerra Mundial— corresponde, entonces, a una propuesta ecléctica, llevada intencionalmente al mayor grado de sencillez (correlación de listados de rasgos culturales con zonas geográficas en una macroárea, para llegar a una delimitación de fronteras). Jiménez Moreno aclara que, en Estados Unidos, Wissler había desarrollado “frente al concepto de círculos y estratos culturales, propuesto por Schmidt y Koppers, el de ‘área cultural’, que afinaría con su orientación y métodos propios [Kirchhoff,] el futuro padre de Mesoamérica” (1979: 13).

El párrafo final del ensayo fue suprimido, de manera sintomática y sin aclarárselo al lector, en la edición de *Mesoamérica* (1960) de la Sociedad de Alumnos de la ENAH, que estuvo a cargo de Guillermo Bonfil Batalla (el futuro autor de la exitosa proclama de autoctonía mesoamericanista *México profundo* [1987]). García Mora se percató del párrafo faltante, pero de inmediato exculpó a Bonfil de cualquier responsabilidad al preguntarse si dicha omisión fue “¿quizá por decisión del propio Kirchhoff?” (*apud* Kirchhoff, 2002

[1943]: 43, llamada al pie de página). De cualquier manera, ese párrafo tampoco aparece en las ediciones posteriores que tomaron como base la reedición de 1960, como es el caso de la reimpresión de la Sociedad de Alumnos (1967), y las impresiones de la Sociedad Mexicana de Antropología (1985) y de la revista *Dimensión Antropológica* (2000: 15-30). Es claro que en ninguno de los casos la omisión se debió a falta de espacio. El medio antropológico debe tener conciencia de que desde 1960 han circulado dos versiones del texto de Mesoamérica: la original de Kirchhoff y la adecuada por Bonfil. En ese párrafo final Kirchhoff planteó varias aclaraciones importantes:

A pesar de su carácter enteramente provisional, creímos conveniente presentar a los lectores de esta nueva revista [*Acta Americana. Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía*, cuyo director era entonces Ralph L. Beals] un resumen de los resultados preliminares de las investigaciones sobre Mesoamérica iniciadas por el Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América, no sólo para informar sobre el actual estado de estas investigaciones, sino para suscitar una amplia discusión sobre el método seguido y los resultados obtenidos hasta la fecha. El autor de estas líneas, en su calidad de secretario del citado comité, está ansioso de recibir sugerencias acerca de la mejor manera de continuar este estudio, junto con informaciones sobre otras investigaciones que versen directa o indirectamente sobre el problema de la personalidad cultural y la historia de Mesoamérica, trátense de investigaciones ya terminadas o en curso (Kirchhoff, 1943: 107; 2002 [1943]: 52).

Kirchhoff reconoce de manera directa que el ensayo, si bien corresponde a su redacción, es producto de una actividad grupal del Comité. Como coordinador de dicho Comité, el “autor” debía evitar que los lineamientos teóricos estuvieran en confrontación con las posturas de los demás miembros y, en especial, de quienes ya operaban en los hechos como jefes de la antropología mexicana, con Alfonso Caso a la cabeza. En todo caso, el autor tuvo el cuidado de evitar cualquier asomo de compromiso teórico con su “escuela madre” (de los círculos culturales y el difusionismo amplio), de tal manera que en ese célebre texto (¡de menos de 15

páginas!) no se ofrece la menor pista de afanes de “difusionismo extremo”. Aunque se hace somera referencia a “difusiones culturales”, “migraciones”, “invasiones” y “focos culturales”, el énfasis está puesto en los rasgos culturales y su distribución. De hecho, el asunto de la difusión se aborda en lo referente a cazadores-recolectores *vs.* agricultores, o de rasgos que se exportan de Mesoamérica hacia “tribus de fuera del área” (2002 [1943]: 48-49), todo esto dentro del continente americano; mientras que el asunto de la migración se toca en relación con los desplazamientos de los hablantes de la familia nahua, desde el norte hacia el sur. En conclusión, para Kirchhoff, “Mesoamérica [superárea de cultivadores superiores] es una indudable unidad cultural que desde mucho tiempo ha tenido su propia historia, común a todos sus habitantes” (*ibidem*: 51-52).

Kirchhoff asume su papel de eficiente “consultor internacional” y en este “trabajo sobre pedido” demuestra una gran capacidad de síntesis, una perspectiva integradora del problema (planteado por la Comisión) a partir de una visión “a distancia” y un olfato especial para proporcionar lo que “el cliente” —en este caso, la Comisión y, en particular, los dirigentes de la antropología mexicana— requiere: una concepción empiricista que englobe los estudios que ya se venían realizando (*ibidem*: 48) y, a la vez, se constituya en una plataforma y un programa de trabajo.

Hasta donde da mi conocimiento, nadie ha reparado en que el texto de Mesoamérica desatiende de manera frontal los lineamientos técnicos establecidos por el Comité en 1941 (*Recomendaciones para la uniformización de los estudios de distribuciones culturales*), en lo referente a dos aspectos. Por un lado, la simbología establecida no es utilizada en lo absoluto, pues Kirchhoff acaba planteando tan sólo presencias (0) o ausencias (+) en su tabla, mientras que el Comité solicitaba precisiones —y establecía la simbología correspondiente— respecto a si el dato correspondía a hallazgos arqueológicos y tradiciones nativas anteriores al contacto con europeos (Δ); si correspondía al primer contacto o a tiempo próximo a él (O); si el dato es conocido desde la segunda generación o con posterioridad a esa fecha (□). El Comité abundaba en recursos para que siempre se aclarara si el rasgo cultural referido

era compartido por toda la población o era exclusivo del estrato superior o del común del pueblo; si el rasgo es frecuente y bastante documentado o, en cambio, si es escaso y sólo consta por meras indicaciones. El Comité indicaba que, a los símbolos básicos, se podían añadir distinciones que marcaran “en un solo mapa, diferentes formas, materiales, dimensiones, proporciones, usos, funciones, etcétera” (Kirchhoff, ed., 1941: 20). Nada de eso se cumplió en la presentación de Mesoamérica.

De importancia científica inevitable, el Comité establecía, entre los requisitos para los artículos que serían publicados, que “Para cada dato señalado en el mapa, una referencia exacta (página de la publicación o del manuscrito, o el número del objeto de museo), que forme parte de una lista que se refiera al mapa en su conjunto. (Citas de las fuentes consultadas, dibujos o fotografías o comentarios que se refieran a datos individuales, pueden acompañar esa lista a discreción del autor)” (*ibidem*: 17).

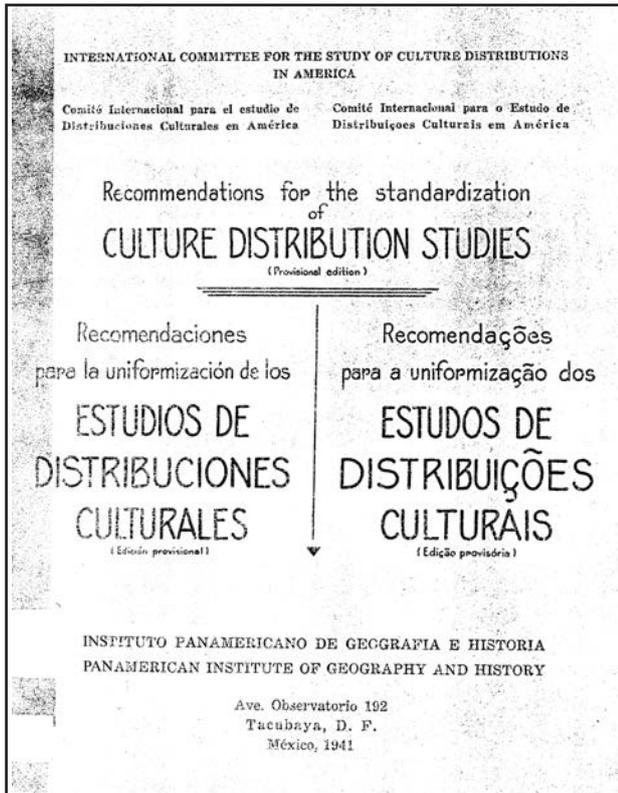


Figura. 2. Portada de “Recomendaciones...”, 1941.

Con respecto a este punto, la sorprendente carencia de bibliografía y de citas, tanto teóricas como documentales, en el ensayo sobre Mesoamérica no puede ser comprendida —y menos aceptada— a partir de la excusa (ingenua) de Kirchhoff por la pretendida finalidad del artículo, que era “presentar algunos lineamientos generales [sobre distribuciones culturales] con el objeto de plantear nuevos problemas” (Kirchhoff, 2002 [1943]: 45).

Esta propuesta —imprecisa técnicamente y con aire de “neutralidad teórica”— se prestaba, como anillo al dedo, para ser utilizada a modo y conveniencia en términos político-académicos por los líderes de la antropología mexicana (nacionalista) de aquel momento; todos carentes del mínimo discurso teórico explícito, al menos en el ámbito de la etnología. Los historiadores de la antropología mexicana deberán esclarecer si fue una genialidad de Kirchhoff, o si le salió “como al burro que tocó la flauta”, dadas las deficientes características teóricas del medio receptor, o si el autor “hizo de la necesidad (dadas las condiciones de la Segunda Guerra Mundial) una virtud”; o si el inusitado éxito del modesto planteamiento correspondió a una combinación de estas posibilidades.

En todo caso, no se puede comprender el tremendo éxito de la Mesoamérica de Kirchhoff sin tener en cuenta su inmediata y apresurada inserción en la ideología nacionalista, que reubicó su noción en una postura dogmática de autoctonía cultural. Como se trataba de una macroárea, no era importante, sino más bien benéfico, el que se plantearan procesos de difusionismo *light* ¡a su interior!, o incluso de colonización hacia las áreas vecinas. Las aportaciones desde otras áreas continentales o del Caribe siempre se han visto con recelo.

[...] la antropología mexicana encontró en el gobierno populista de Lázaro Cárdenas el ambiente necesario para constituirse en la encargada de ofrecer razones científicas a las políticas de búsqueda de identidad de la nación mexicana. [...] los antropólogos se vieron inmersos en esa búsqueda cultural, y centraron sus esfuerzos alrededor de la definición de un elemento aglutinante que creara una razón histórica para cimien-

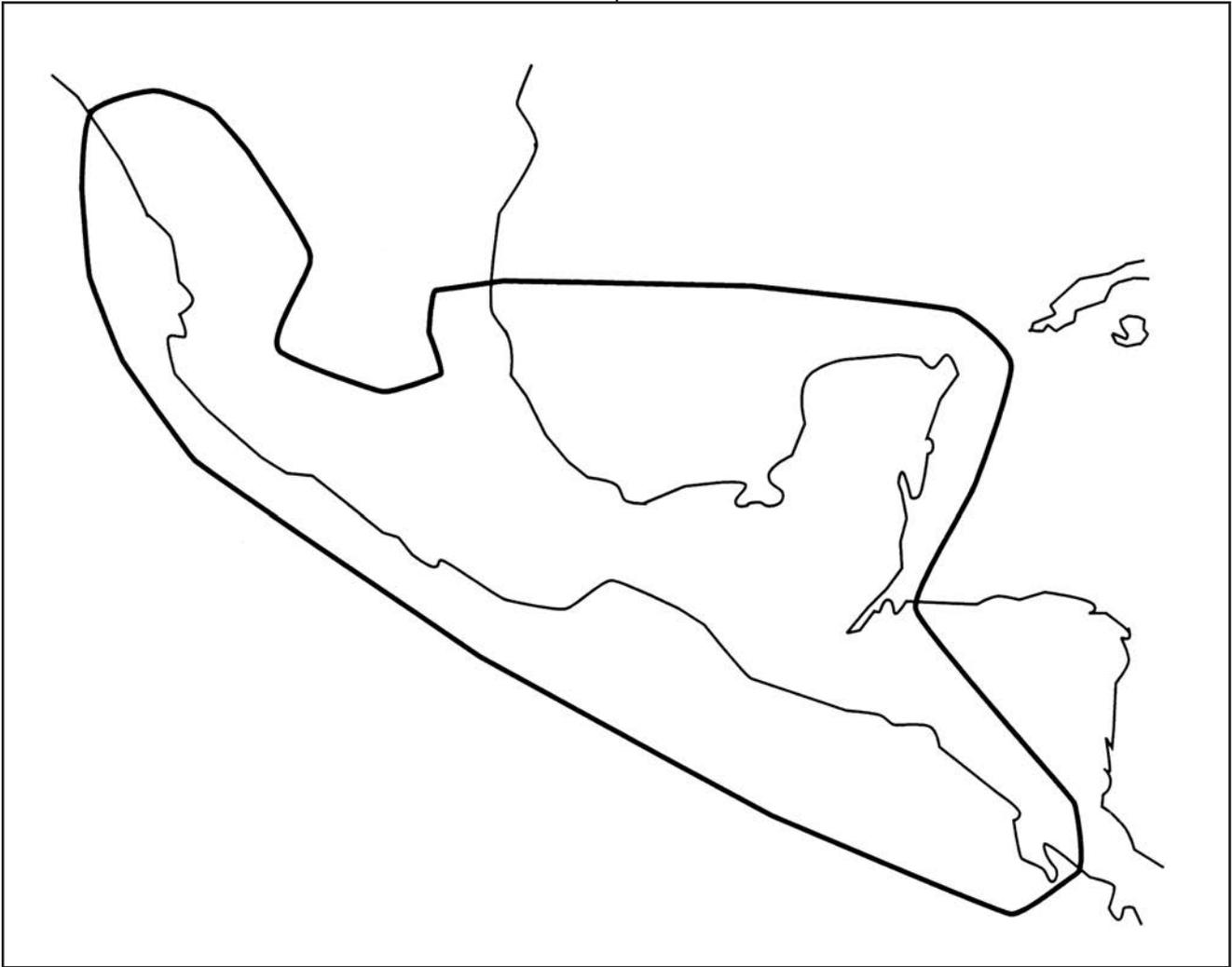


Figura 3. Límites de Mesoamérica a mediados del siglo XVI, Kirchhoff, 1943, *apud* García Mora, Manzanilla y Monjarás-Ruiz, eds., 2002: 54.

tar el derecho de la nación mexicana a erigirse como un pueblo con desarrollo propio, y que de paso diera un marco general a sus innumerables datos de observación acumulados desde el siglo XIX. Así, la antropología mexicana parió un concepto, Mesoamérica [...] (Rodríguez García, 2000: 47-48).

Si bien Mesoamérica apareció en el gobierno de Manuel Ávila Camacho, el tono nacionalista impulsado por el cardenismo seguía vigente.

En síntesis, más allá de las adscripciones teóricas personales y de la autoría kirchhoffiana aceptada, la noción de Mesoamérica se conformó —como pocas— por la confluencia compleja de determinaciones históricas, intereses políticos, perspectivas teóricas (la variante estadounidense de las áreas culturales acabó

siendo la dominante) y colaboraciones y aportes personales, de tal manera que resultó en un Frankenstein, bien maquillado, y, por lo tanto, con la peculiaridad de una notoria atracción empiricista para quien se dejara cautivar por su empatía particular.

De acuerdo con la evaluación de González Jácome, “el concepto de Mesoamérica es heurístico y no corresponde de manera necesaria con las concepciones de una corriente teórica específica, razón por la que su uso en distintas corrientes se facilitó. [...] el concepto va a estar elaborado para ser aplicado primordialmente a la arqueología y a la etnohistoria de comienzos de la época novohispana” (2000: 127). “[...] es un concepto heurístico de ahí su amplia utilización, aunque el significado intrínseco que tiene cambia de un investigador a otro” (*ibidem*: 147). Más que concepto es

una noción que se ha utilizado como referente “eminentemente heurístico y, por ende, flexible, que permite la comparación intercultural y su utilización tanto sincrónica como diacrónica” (*ibidem*: 149).

De esta manera, se dio una confluencia coyuntural de perspectivas que coincidieron en un entrecruce: por un lado los intereses académico-políticos de quienes dominaban la antropología mexicana y, por el otro, el trabajo de un antropólogo alemán, de trayectoria política izquierdista, laborando en las adversas condiciones de la Segunda Guerra Mundial en un país con una acentuada política nacionalista. La luna de miel no podía durar mucho tiempo, aunque sí tuvo un arranque con una intensidad inusitada.

En la antropología mexicana, Mesoamérica es un concepto que tuvo la doble feliz ocurrencia de hacer su aparición cuando era necesitado por razones académicas y por razones políticas. [...] la aparición de un concepto que unificaba a todas las culturas prehispánicas de [una buena parte de] nuestro actual territorio nacional encajaba muy bien con el ansiado ideal de una sola nación [...]. Mesoamérica se constituyó así, además de su valor científico, en un concepto comprometido con el poder, y el poder lo estimuló mediante las autoridades arqueológicas. [...] así, el maridaje entre Estado y academia se consumó: el Estado se beneficiaba de los productos antropológicos basados en Mesoamérica y el ‘México antiguo’, y la academia se beneficiaba del apoyo económico y político para realizar sus investigaciones. [...] las investigaciones eran mesoamericanistas o no tenían presupuesto (Rodríguez García, 2000: 52-53).

#### La entronización de Mesoamérica y el deslinde de Kirchhoff

Los intentos por establecer áreas culturales siempre han supuesto el delimitar fronteras entre civilizados (“zonas de cultura superior”) y primitivos (“grupos de cultura más baja”). Al menos así fue comprendido en su momento el ensayo de Kirchhoff por Jorge A. Vivó (1906-1979), uno de los operadores de la inserción de Mesoamérica dentro de la trayectoria de la antropología mexicana hacia esa concepción:

En cierto modo ese estudio [Mendizábal, 1946 (1928-1929)], así como los que realizó Ralph Beals [1932] sobre el noroeste de México, contribuyeron, pues, a distinguir entre la zona de alta cultura, es decir la de agricultura avanzada, y las menos adelantadas dentro de los marcos del territorio mexicano; pero quedaban por fijar los límites de estas culturas de una manera precisa [...] Paul Kirchhoff [ha realizado una investigación sobre la distribución geográfica de los elementos o rasgos culturales de las culturas de México y Centroamérica, estudio que le ha costado cinco años de labor y] ha establecido [...] los límites y caracteres de la zona cultural de Mesoamérica [o América Media] (Vivó, 1946: 63-64 y 70).

En la década de 1950, ante el obligado repliegue de la postguerra desde sus regiones tradicionales de estudio etnográfico (Asia, Oceanía y África), los antropólogos de los países del norte europeo (británicos y holandeses, principalmente) constituyeron —como una “solución de recambio y adaptación”— el “área cultural mediterránea”, lo que supuso la primitivización de estos pueblos al sobreenfatizar los rasgos arcaicos de las sociedades en cuestión.

En México, una década antes, se había consumado un proceso simétrico e inverso, al establecer un “área de cultura superior” —pero antigua y, por lo tanto, desaparecida— frente a otras áreas inmediatas de culturas primitivas. La Mesoamérica de Kirchhoff pretendía delimitar en su frontera norteña —que es la que interesa al Estado mexicano—, un área de cultivadores superiores con respecto a otra de “cultivadores inferiores” y predominantemente de “recolectores-cazadores” (Kirchhoff, 2002 [1943]: 47). Más aún, Kirchhoff llegó a afirmar que podían existir dudas sobre la inclusión en la superárea mesoamericana,

[...] en cuanto [...] a muchas tribus situadas entre el lago de Chapala y el río Sinaloa [...], ya que [...] encontramos un nivel cultural bastante inferior al característico de las tribus más representativas de Mesoamérica. A pesar de este nivel cultural más bajo (el cual se halla también entre algunas tribus y hasta en algunas áreas culturales del interior del territorio mesoamericano), incluimos a estas tribus dentro de Mesomérica, por el número muy elevado de características culturales marcadamente mesoamericanas, las cuales en la

## M E S O A M E R I C A

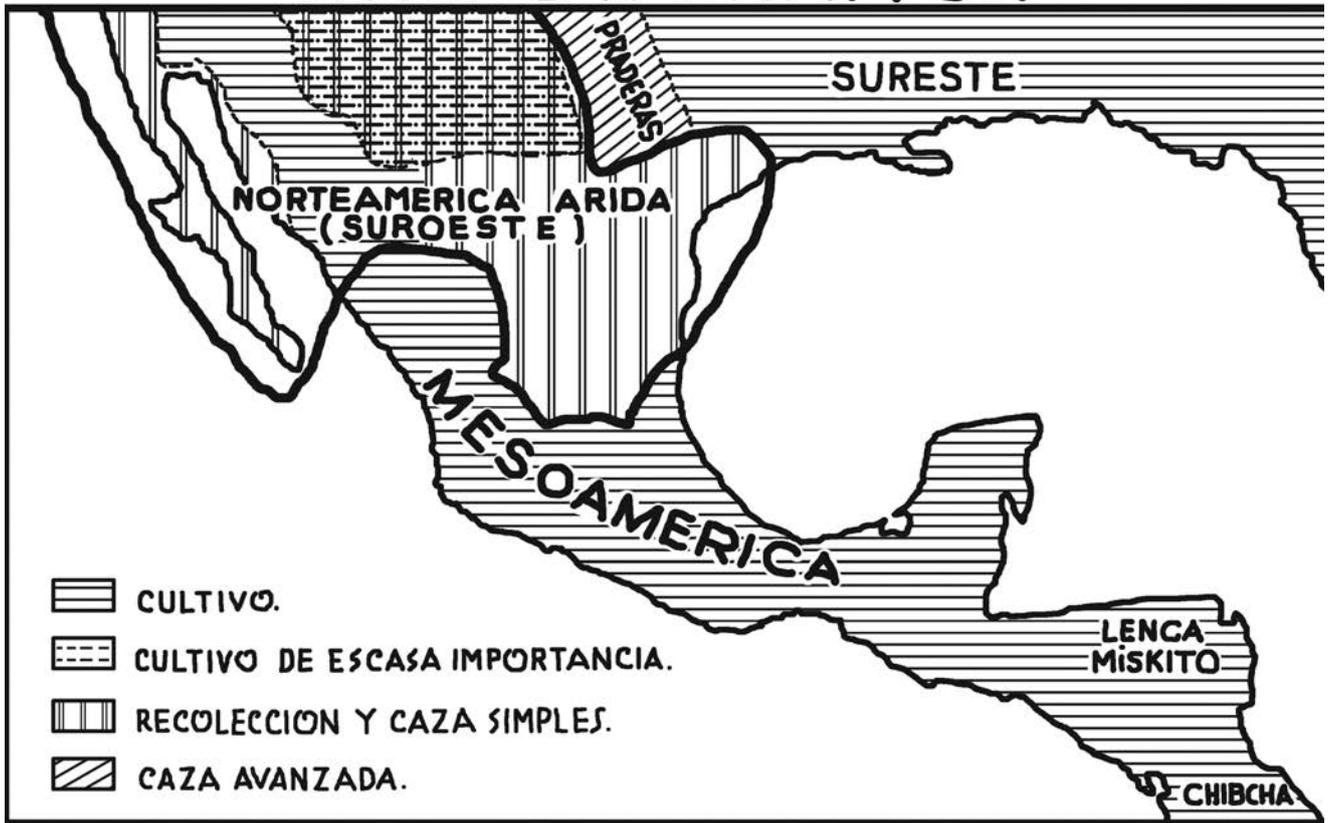


Figura 4. Mapa de Mesoamérica, Kirchhoff, 1944.

mayoría de los casos, llegan precisamente hasta las fronteras que señalamos (Kirchhoff, 2002 [1943]: 48).

Ese tono de duda sobre el carácter “mesoamericano” de la región noroccidental y el que, finalmente, la haya incluido Kirchhoff junto con, y al lado de, una indudable Mesoamérica, con respecto a la cual la contrasta, ha determinado que, hasta la fecha, los especialistas en las culturas del Gran Nayar tengamos que aclarar reiteradamente que los coras y huicholes son portadores “de Alta Cultura” americana —si bien periférica—, lo cual había sido admitido expresamente desde el principio por el mismo Kirchhoff (2002 [1943]: 46) y reiterado después (1954: 533).

El mismo año de la publicación de su Mesoamérica, Kirchhoff reconoció implícitamente lo infundado de sus planteamientos originales sobre la frontera noroccidental de la “cultura mesoamericana”, en su artículo sobre “Los recolectores-cazadores del Norte de México” (1944a [1943]), presentado en la Tercera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología

acerca de “El Norte de México y el Sur de Estados Unidos”. Allí la frontera de Mesoamérica se recorría muy al norte con respecto al mapa original y se incluían, hacia el oriente, las cuencas de los ríos Mezquital-San Pedro, Taxicaringa/Chapalagana-Huaynamota, Bolaños y Juchipila.

Pero era demasiado tarde para intentar precisiones. En unos meses la arqueología mexicana había convertido a Mesoamérica no en un concepto teórico, sino en una “proposición incorregible” (Vázquez León, 2000: 183), con respecto a la cual estaba prohibido que, incluso su propio autor, planteara modificaciones o correcciones. Como es normal en la historia de la ciencia, una vez publicada, la obra ya no es propiedad del autor.

La suerte estaba echada. En la compilación de artículos de la revista *This Week. Esta semana*, seleccionada por Vivó, prologada por Caso, con portada y contraportada de Diego Rivera (1886-1957) y titulada *México prehispánico. Culturas, deidades y monumentos* (Vivó, ed., 1946 [1935-1946]) la intelectualidad mexicana del momento aceptó plenamente —de manera

explícita, implícita o hasta obligada— la noción de Mesoamérica y hasta subsumió contribuciones anteriores en su perspectiva.

La obra incluye colaboraciones del propio Kirchhoff, Caso y Jiménez Moreno. También incorpora a otros autores cuyas contribuciones quedan insertadas en la “corriente mesoamericanista”: Manuel Gamio (1883-1960), Pablo Martínez del Río (1892-1963), Juan Comas (1900-1979), Roberto J. Weitlaner, Ignacio Marquina (1888-1981), Eusebio Dávalos Hurtado (1909-1968), Daniel F. Rubín de la Borbolla (1907-1990), George C. Vaillant, Hanz Lenz (1903-1999), Salvador Toscano (1872-1947), Eulalia Guzmán (1890-1985), Luis Castillo Ledón (1879-1944), Rafael García Granados (1893-1956), Eduardo Noguera (1896-1977), José García Payón (1896-1977), Jorge R. Acosta (1904-1975), Hugo Moedano Koer (1917-1955), Enrique Juan Palacios (1881-1953), Alfredo Barrera Vázquez (1900-1980), Salvador Mateos Higuera (1898-1978), Roque J. Ceballos Novelo (1885-?), César Lizardi Ramos (1895-1971), Manuel Maldonado Koerdell (1908-1973), Gilberto F. Aguilar (1888-1959), José Corona Núñez (1906-2002), Raúl G. Guerrero (1912-?), y Josefina Lomelí (?). Es notoria la participación de algunos alumnos de la ENAH, como Manuel M. Moreno (1907-1990), Javier Romero Molina (1910-1986), Alberto Ruz-Lhullier (1906-1979), Arturo Monzón (1917-?) y Pedro Carrasco.

En ese volumen se reeditaban tres breves artículos de Kirchhoff, correspondientes al año 1944. En “El papel de México en la América precolombina” (1946 [1944]b: 82-90) y en “México y su influencia en el continente” (1946 [1944]c: 91-98) el “fundador de Mesoamérica”, con una postura claramente difusionista, hace referencia a inmigraciones, influencias culturales y corrientes culturales a nivel del continente americano. Pero, en “El problema del origen de la civilización mexicana” (1946 [1944]d: 99-108) —suscrito a fina-

les de julio de 1944—, expone que “los primeros capítulos del surgimiento de la alta cultura americana no se encuentran en este continente, tienen que haber sido escritos en alguna otra parte. Y lo más probable es que se escribieron en una región cercana a las altas culturas de Asia, especialmente del Asia oriental o meridional” (*ibidem*: 100).

[...] en tanto que en el Viejo Mundo el arte de dividir el tiempo sobre la base de la observación sistemática de los cuerpos celestes y de cálculos numéricos complicados fue indudablemente el resultado de las necesidades de una irrigación en gran escala a la que obligaban las inunda-



Figura 5. Portada de *México prehispánico. Culturas, deidades y monumentos*, ilustrada por Diego Rivera, 1946.

ciones regulares, y surgió en torno a ella, en el Nuevo Mundo la astronomía, el calendario y las matemáticas de los Maya [...] nos confunden a causa de que su existencia tiene lugar en medio de un verdadero vacío cultural. Es difícil, por no decir imposible, para nosotros el comprender qué fines prácticos pudieron tener dentro de su cultura esos conocimientos; y de qué condiciones concretas pudieron surgir. Parecen más bien un lujo que sobrevivió a una situación cultural anterior de naturaleza totalmente distinta. Tenemos que recordar también que todos esos conocimientos de los Maya respecto al tiempo y al sistema de numeración, aparecen repentinamente y ya completamente desarrollados, justamente como toda la civilización maya. Y puesto que no se encuentran sus antecedentes en este continente, deben haber sido importados del exterior, es decir, deben haber venido del Viejo Mundo (*ibidem*: 101-102).

Seis semanas después del Día D (6 de junio de 1944), cuando, tras la exitosa invasión de los Aliados a Normandía, quedaba prácticamente definido el destino de la Segunda Guerra Mundial, Kirchhoff proclama su profesión de fe macro-difusionista, como lo reconocerá al final de su vida (1983 [1971]: 45). Desconozco la reacción de Caso ante estos artículos, pero seguro debió haber sido de disgusto. El hecho es que Kirchhoff, en la década de 1940, nunca tuvo un puesto académico asegurado en México y continuó “como judío errante”. Sin abandonar sus cursos en la ENAH, “Durante unos años —hacia 1944-1945— estuvo enseñando en Jalapa [...] Por 1946-1947 [...] impartió cursos de antropología en la Universidad de Tegucigalpa” (Jiménez Moreno, 1979: 15). Pero además, en la ENAH, en el ámbito de los estudios de las culturas indígenas contemporáneas, se habían expandido con rapidez el funcionalismo de Malinowski, a partir de 1941, y la antropología social de la escuela de Chicago, a partir de 1942; posturas de estudios sincrónicos, contrarias al enfoque histórico de la etnología de Kirchhoff.

Kirchhoff se trasladó a Estados Unidos en el otoño de 1947 y permaneció allá hasta el verano de 1954. Durante ese periodo profundizó sus conocimientos sobre las culturas de Asia, como director del Inner Asia Research Project; paralelamente escribió siete artículos para el *Handbook of South American Indians* (1948-

1949), coordinado por Julian H. Steward (1902-1972), y conjuntamente con otros autores, un libro sobre “Indian Tribes of North America” (1953). No obstante, no abandonó sus intereses mexicanistas y redactó el texto “Los señoríos chichimecas de la región tezcocana” (1948); luego se concentró en el análisis de los calendarios mesoamericanos y presentó en el XXIX Congreso Internacional de Americanistas una ponencia sobre “A New Analysis of Native Mexican Chronologies” (1949). Ese año había participado en el Seminario del Viking Fund sobre “Etnología de América Media”, en el que tendría lugar la discusión acerca de la pertinencia de la noción de Mesoamérica para las culturas indígenas del siglo xx.

Sin embargo, “las altas culturas [...] fue un interés cada vez más intenso para [Kirchhoff], sobre todo desde que, por 1949, estuvo en Nueva York, en el Museo de Historia Natural, en contacto continuo con Gordon Ekholm y Robert Heine-Geldern (1885-1968), que, como él, creían reconocer —tanto en Mesoamérica como en el Área Andina— influencias culturales —algunas de ellas religiosas— provenientes del Viejo Mundo a través del Océano Pacífico” (Jiménez Moreno, 1979: 13).

Esta fase de académico contratado “al estilo norteamericano” la concluyó Kirchhoff con dos artículos nodales, cuyos enfoques son a primera vista extremos: “México y el Viejo Mundo: los estudios mexicanistas ante nuevas perspectivas” (1968 [1954a]) y “Gatherers and Farmers in the Great Southwest” (1954b). Kirchhoff fue capaz de mantener una separación casi esquizofrénica entre el tratamiento de la vinculación de las altas culturas asiáticas y las americanas, por una parte, y la delimitación de áreas culturales en el Gran Suroeste americano, por otra.

En el primer texto reconoce el rompimiento de la “muralla mexicana”, gracias a los trabajos sucesivos de autores no-mexicanistas, de la talla de Humboldt, Tylor, Graebner y Heine-Geldern y manifiesta su esperanza de que “una vez que los mexicanistas hayamos salido de nuestro ‘espléndido aislamiento’” (1968 [1954a]: 28), lleguemos a ser conscientes “simplemente de la anotación sistemática de coincidencias y diferencias [por cierto, al estilo de lo que se aplicó para

definir Mesoamérica], tanto en complejos y elementos aislados, como en la estructura del conjunto [entre las altas culturas asiáticas y el México antiguo]" (*ibidem*: 8). Kirchhoff además avanzó al concordar con el planteamiento de "las relaciones históricas entre México y las altas culturas asiáticas, debido a las coincidencias [...] que son de naturaleza tan específica o que se relacionan entre sí de manera tan específica, que solamente quien crea en milagros puede pensar en su origen independiente" (*ibidem*: 9).

Para él, los descubrimientos de Graebner sobre "un todo articulado [en lo referente al sistema calendárico], paralelo en Asia oriental y en México, tanto en su estructura como en muchas de sus partes" (*ibidem*: 109), "exigen, no tanto una adopción precipitada de una posición a favor o en contra —generalmente en contra— con la que nos habíamos conformado por tanto tiempo [los mexicanistas], sino un examen sistemático de todas las ramas culturales, en vistas a las posibles relaciones históricas entre Asia y México" (*ibidem*: 10).

Kirchhoff concluye señalando que:

Es claro que todo, pero absolutamente todo lo que hemos hecho hasta ahora, y también toda futura incursión de un mexicanista en el campo de las comparaciones con las altas culturas asiáticas debe ser revisado por los orientalistas, y que entonces muchas cosas resultarán muy diferentes de como los mexicanistas creíamos entenderlas. Pero la iniciativa de estas revisiones deberá partir de los mexicanistas, porque el problema del origen asiático de las culturas mexicanas es nuestro problema en mayor grado que la cuestión de la extensión de las culturas asiáticas a México es un problema que inquieta a los orientalistas. [...] Además, partiendo de nuestro material, ¿no deberíamos estar en condiciones los mexicanistas de señalarles a los orientalistas el camino de extender su visión hasta América? [...] nuestro material mexicano-mesoamericano promete llegar a ser extraordinariamente valioso para la investigación de determinados datos orientales. [...] existe además la posibilidad de que en México se hayan conservado formas e interpretaciones que han desaparecido en los países asiáticos debido a desarrollos ulteriores, o que se han transformado a tal grado que apenas será posible reconocer formas más antiguas (*ibidem*: 27-28).

En cambio, en el segundo texto, acorde con una perspectiva de difusionismo reducido y en una discusión puntual y en directo con los antropólogos estadounidenses, plantea que la macroárea cultural denominada "Gran Suroeste" debe ser dividida en Oasisamérica y Aridoamérica y que los progresos civilizatorios de esa macrorregión norteña arribaron desde Mesoamérica.

El primer texto fue ignorado absolutamente por la antropología mexicana, entre otras razones quizás porque no se publicó en castellano sino hasta 1968; pero la propuesta del segundo fue incorporada de inmediato para ser adosada a la noción de Mesoamérica.

Así, se debe tener presente que desde 1944 Kirchhoff producirá artículos americanistas en dos líneas: una que no atenta contra la postura de la autotonía cultural americana, y que es bien vista y, en todo caso, discutida y hasta controvertida por la antropología mexicana; y otra línea que postula la derivación civilizatoria americana desde culturas asiáticas, la cual será ignorada y/o rechazada de manera dogmática. Si bien el grueso de su producción correspondía a la primera línea, la segunda no dejó de ser atendida.

A principios de 1955 regresó a México y se incorporó como investigador al Instituto de Historia de la UNAM. Estudió diversos aspectos de la historia tolteca, colhua y mexica; sin embargo, procedió con una posición ehuvemerista extrema, de tal manera que planteaba una realidad histórica inevitable en el fondo de todos los relatos "mítico-históricos".

En el Seminario de Historia de la Filosofía en México, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Kirchhoff (1962) presentó en 1959 una ponencia sobre "La aportación de Humboldt al estudio de las antiguas civilizaciones americanas: un modelo y un programa", contra la cual se publicó un intento de contrapeso —en el claro añadido final "¿Difusionismo o paralelismo entre las culturas del Asia y las del México Antiguo"— de la ponencia de León Portilla (1962) sobre "Humboldt, investigador de los códices y la cosmología náhuatl".

El año sabático —que en realidad fue de año y medio, entre 1960 y 1962— lo pasó en instituciones académicas europeas y particularmente en Alemania.

Las hostilidades en su contra debieron iniciar, a principios de 1962, pues presentó en mayo de ese año al Instituto de Historia, todavía en un tono optimista, un detallado informe de sus actividades académicas y su programa de trabajo (Kirchhoff, 2002 [1962]). Pero, ¿a quiénes de los investigadores en funciones de aquel entonces les solicitaban un informe de ese tipo?

La gota que debió haber derramado el vaso de la antropología nacionalista fue la contribución del “fundador de Mesoamérica” al XXXV Congreso Internacional de Americanistas —realizado en la ciudad de México, bajo la presidencia de Ignacio Bernal, y en pleno proceso de construcción del Museo Nacional de Antropología, titulada “The Diffusion of a Great Religious System from India to Mexico” (Kirchhoff, 1964 [1962]), hasta la fecha no publicada en español. Llama la atención que la contraponencia de Alfonso Caso —“Relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Una observación metodológica” (1962)—, presentada en el mismo simposio —sobre “La prehistoria y la arqueología de América y del Viejo Mundo”— coordinado por Pedro Bosch Gimpera (1891-1974), fuera publicada ese mismo año en *Cuadernos Americanos*. Según Jiménez Moreno, las propuestas difusionistas de Heine-Geldern, Ekholm y Kirchhoff “fueron refutadas por el doctor Alfonso Caso” (1975: 23).

Al respecto, resulta interesante la opinión de una mexicanista más imparcial, editora final de *El México Antiguo*, la revista fundada por Beyer, el primer maestro de arqueología de Caso: “La nueva escuela arqueológica que estudia [las relaciones transpacíficas] tuvo varios representantes en el XXXV Congreso de Americanistas en México (1962), en el que fueron presentadas 12 ponencias sobre estos temas, con la fuerte oposición del Dr. Alfonso Caso, que de momento arrastró al público, pero que en realidad no logró comprobar su tesis negativa [...]” (Cook de Leonard, 1969: XXV-XXVI).

Caso insistía en “el peligro de utilizar un método de puras comparaciones estilísticas que no están acompañadas de datos estratigráficos y de objetos encontrados *in situ*” (1962: 163). Su argumento central era de orden técnico: cuando en Mesoamérica ya existían la escritura y el calendario, no había navegantes capaces de cruzar el

Atlántico o el Pacífico (*ibidem*: 167). Concluía, así: “Mientras no se demuestre que estos viajes fueron posibles o no se encuentren científicamente objetos arqueológicos mesoamericanos en Asia o bien objetos asiáticos en Mesoamérica, conectados con las grandes culturas mesoamericanas, no podemos considerar demostrada la conexión entre el Viejo y el Nuevo Continente, en esas épocas tan remotas en las que se forman las culturas de esta parte de América” (*ibidem*: 173).

Por su parte, Kirchhoff reconocía que “los estudios [...] sobre las relaciones entre las antiguas civilizaciones de diferentes partes del mundo no pertenecen de ningún modo a un capítulo ya superado de la investigación histórica, sino a uno del cual nunca se han escrito más que las primeras páginas y que urge mucho continuar” (1962 [1959]: 91). La postura contraria “es sospechosa desde el momento en que nos damos cuenta de que se trata simplemente de la aplicación de una teoría general [la convicción de que un sistema social, un estilo artístico, etcétera, no se pueden exportar, por lo menos no a través del Pacífico] a un caso concreto, sin que se abran ampliamente las puertas de una investigación imparcial” (*ibidem*: 93).

Las investigaciones de Humboldt (1810) y luego las de Graebner (1921) han demostrado que se trata, en Mesoamérica y en Asia, del mismo sistema calendárico, en lo referente al principio de cómputo y a la formación de los ciclos (*ibidem*: 97-98). De esta manera, también para Kirchhoff, su argumento era eminentemente técnico, en la terminología marxista, de la correlación de la superestructura con el nivel de las fuerzas productivas:

Un calendario de tipo mexicano, o mejor dicho mesoamericano, forzosamente afecta directa o indirectamente todos los aspectos de la civilización que hace uso de él, ordenando la existencia humana de una manera como nunca antes había sido ordenada y creando una fe en la regularidad y predictibilidad de la vida que era enteramente nueva. Si este calendario surgió espontáneamente en América debe ser posible señalar las bases culturales de las que se formó y las necesidades a las que respondió. Humboldt cree que en México estaban ausentes tanto estas precondiciones como estos estímulos. [...] Igualmente difícil sería señalar las necesidades sociales

que pudieron estimular el desarrollo de un calendario tan complejo y a su modo tan perfecto como el de Mesoamérica (*ibidem*: 93).

En la reunión del International Council for Philosophy and Humanistic Studies, celebrada en México en 1963, Kirchhoff presentó una ponencia sobre “The Adaptation of Foreign Religious Influences in Prehispanic Mexico”, en la que considera como prueba irrefutable el que exista en Mesoamérica y en ciertas culturas asiáticas un mismo sistema religioso con un método igual para “agrupar a todos los dioses, y a los animales y plantas relacionados con ellos, en tres categorías” (1964 [1963]: 11), de tal manera que “resulta imposible suponer orígenes independientes. Sus semejanzas sólo pueden explicarse por una historia común” (*ibidem*: 15).

La respuesta de Caso se resumía en que “el calendario y la escritura conectados en Mesoamérica con la religión mesoamericana, existían desde el año 1.000 a.C. La cuestión es entonces: ¿quién pudo en el año 1.000 a.C. atravesar el Pacífico?” (1964: 28).

La corriente autoctonista mexicana ha hecho gala de ingenuidad, al suponer que, en la medida en que un rasgo, complejo o sistema cultural se ha encontrado en un determinado territorio, por lo tanto se originó allí. Ha ignorado el principio lógico recordado por Heine-Geldern, en el sentido de que, siendo consecuentes con la propuesta de que “cada ejemplo de difusión debe ser comprobado. [De tal manera que] Si no hay prueba verdadera, debemos asumir un origen independiente. [Entonces, también...] la presunción de un origen independiente requiere ser comprobada [...] y que, cuando no hay prueba posible en ningún sentido, se debe dejar la pregunta francamente sin respuesta [...]” (1964: 411). En este asunto el requerimiento lógico de “Afirmantis est probare” se debe aplicar por igual a las dos posiciones.

En el libro emblemático, *Esplendor del México antiguo*, Bernal (1959) había presentado un artículo sobre la “Evolución y alcance de las culturas mesoamericanas”, que incluye un mapa de Mesoamérica trazado por Miguel Covarrubias (*ibidem*: 98), el cual estableció la versión oficial de su frontera norteña, misma que regi-

ría la elaboración de las salas del Museo Nacional de Antropología, inaugurado en 1964, como el templo laico en el que se sacraliza la inapelabilidad de Mesoamérica.

#### El inicio de la discusión sobre Mesoamérica

A pesar de que existen reediciones del libro *Heritage of Conquest* (1952), en el medio académico mexicano poco se conocen —y menos se discuten— las razones por las que sucesivas generaciones de etnólogos y antropólogos sociales hemos caído en el uso —por inercia, por costumbre y hasta por dogma— de una supuesta “Mesoamérica contemporánea”. Pocos colegas están al tanto de la reunión, realizada en Nueva York en 1949, en donde se decidió que la noción propuesta por Kirchhoff para la primera mitad del siglo XVI siguiera vigente a mediados del siglo XX.

Los etnólogos mexicanistas del momento aceptaron un proceso inusual en su disciplina para el establecimiento de áreas culturales, ya que, en lugar de discutir la pertinencia de un área cultural contemporánea —con base en la investigación etnográfica de campo—, aceptaron la vigencia de un área cultural definida para centurias anteriores, a partir de enfoques teóricos no explícitos y con fundamento en una base documental absolutamente incierta, pues no se habían presentado citas ni bibliografía.

El tono que prevalece en el Seminario de Nueva York sobre “Etnología de América Media” es el del “criterio del buen cubero”, nada de precisiones científicas —a pesar del aparato de las tablas—, sólo apreciaciones basadas en la intuición. Resalta la inicial renuencia de Kirchhoff a aceptar la vigencia de Mesoamérica en el siglo XX y la tenaz insistencia de Jiménez Moreno en la postura contraria. Es manifiesta la exigua investigación etnográfica en el área cultural aludida y el que algunos “especialistas” hubieran realizado su breve y especializado trabajo de campo un cuarto de siglo antes y, en consecuencia, estuvieran totalmente “fuera de lugar” sobre la situación del presente etnográfico discutido. Resulta notorio que el conjunto cultural del Gran Nayar (en particular los coras y huicholes), sobre el cual existían estudios profundos —debidos a

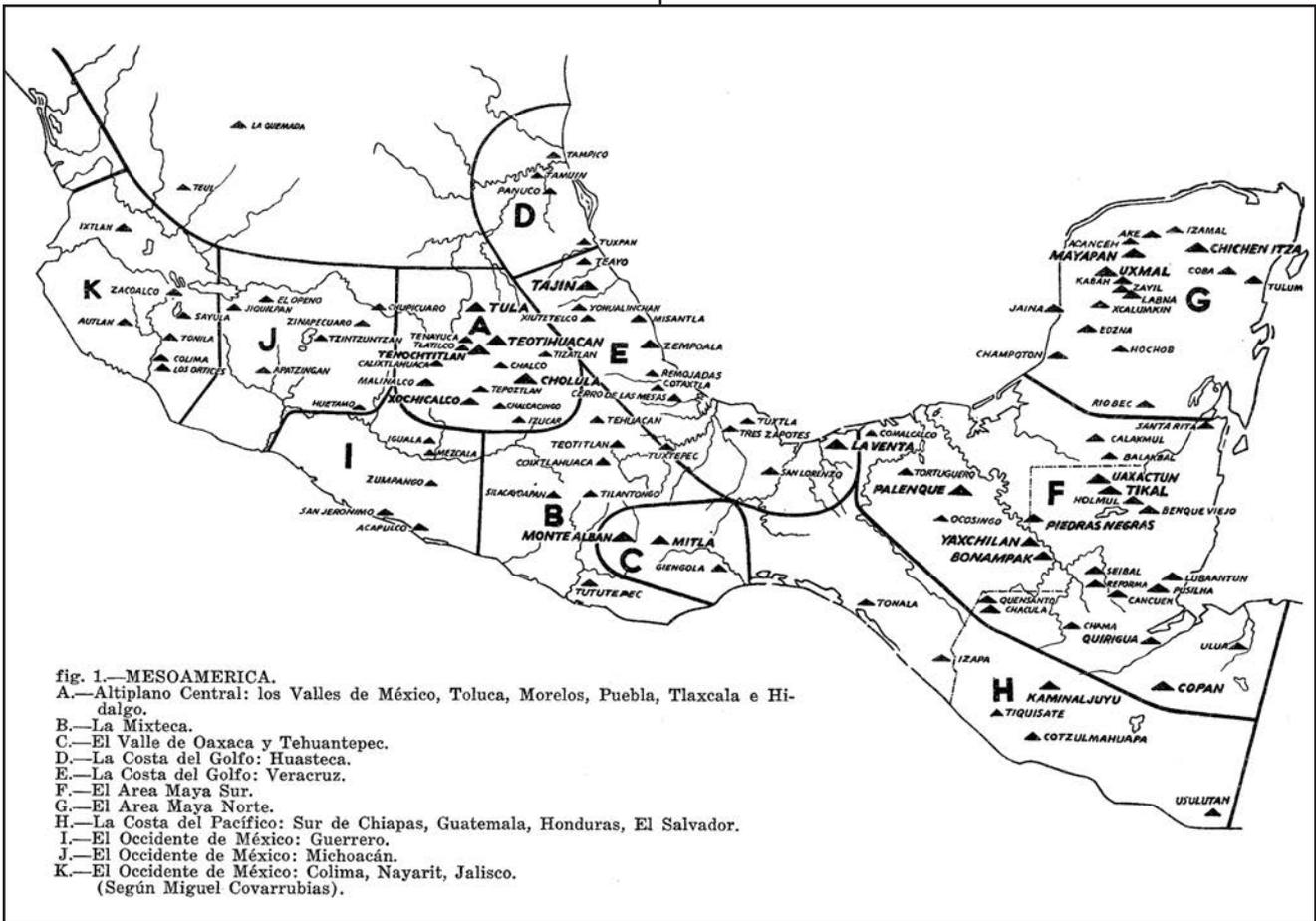


Figura 6. Mapa de Mesoamérica, 1959.

Lumholtz, Diguët y Preuss (en el estilo decimonónico y de principios del siglo XX), y a Zingg (con el modelo correspondiente a la escuela de Chicago, de finales de la década de 1940)— no haya sido tomado en cuenta para nada en la discusión etnohistórica y etnográfica.

En todo caso, para lo que a la antropología mexicana concierne, allí se llegó para discutir sobre América Media y se terminó hablando de Mesoamérica y, por lo tanto, esta noción quedó plenamente reivindicada.

¿Por qué se sintió defraudado Kirchhoff (1960) ante el hecho de que, no obstante que muchos habían aceptado “el concepto de ‘Mesoamérica’”, ninguno lo había desarrollado sistemáticamente, ni había analizado la configuración y estructuración de esa civilización en tanto “más que la suma de sus partes”? ¿Cómo pretendió que —con respecto a sociedades del pasado, cuyos datos son, por principio, fragmentarios— se pudiera lograr “la caracterización de la totalidad de la vida cultural”? (Kirchhoff, 1960; 1966: 206).

Dos de los padres fundadores de la “antropología del Mediterráneo” han reconocido que fue un error suponer que ellos se propusieron “establecer que el Mediterráneo era un ‘área cultural’” (Peristiany y Pitt-Rivers, 1993: 22). De hecho plantean que el concepto de área cultural es de poco valor “cuando se aplica a una sociedad en funcionamiento [...], porque se vuelve arbitrario y depende del aspecto de la cultura al que se está dando preferencia para determinar el ‘área’” (*idem*).

Llobera, por su parte, ha esclarecido que las “áreas culturales” consisten en un soporte pseudoteórico que ha permitido ordenar y dar sentido a los datos y, en esa medida, han proporcionado a los antropólogos un falso sentido de seguridad. Así, la inercia de la categoría “área cultural mediterránea” ha determinado que los especialistas “se olviden de que se trata de un artificio para ordenar datos y lo pretendan convertir en un poderoso marco teórico” (Llobera, 1990: 93), negán-

dose a reconocer el “carácter ilusorio de dicha construcción” (*ibidem*: 79). Por ello, las críticas hacen escasa mella en sus seguidores, ya que “los intereses creados por dicha concepción son lo suficientemente fuertes para resistir incluso ataques frontales y demolidores” (*idem*). Para este antropólogo, no cabe la menor duda de que “lo mismo puede decirse con respecto a otras áreas culturales” (*idem*), de tal manera que obviamente *de Mesoamerica fabula narratur...*

Hubo arqueólogos que examinaron con seriedad el postulado de Mesoamérica, en especial con respecto a la frontera norteña. Con base en el análisis de la situación de dos áreas —una al sur de Querétaro, en torno al río San Juan, y la otra al Sur de Guanajuato, en torno al río Lerma—, Nalda llegó a estudiar con detalle el tramo al norte de los dominios mexica y tarasco entre los siglos IX y XVI. Al respecto señala que:

[...] asignar la noción de frontera dura al límite norte de Mesoamérica resulta inexacto [...] porque [...] no hay línea que separe claramente lo mesoamericano de lo no mesoamericano, lo agrícola-sedentario de lo puramente nómada. Las gradaciones entre ambos extremos son muchas y, además, no se recorren en la medida en que se avanza hacia el norte [...] (1994: 276). Todos los vestigios arqueológicos y coloniales tienden a confirmar el hecho de que si acaso el concepto de frontera dura pudo aplicarse a la situación que operaba en el norte de Mesoamérica durante el siglo XVI, habría sido sólo en tramos muy cortos de la supuesta línea de demarcación y durante periodos breves y poco frecuentes. Lo que caracterizó mejor esa frontera (si es que puede llamársele así) fue, primero, su falta de definición espacial: más bien se trata de una banda, de mayor o menor anchura, que no deja de contraerse y expandirse. Segundo: la diversidad cultural, la fluidez y la tolerancia que contiene, todo lo cual constituye el marco ideal para la migración y el asentamiento temporal o definitivo de grupos externos, así como para el comercio (*idem*). [...] resulta insostenible reducir su esencia [de esta franja] a una mera línea divisoria en ambos lados de la cual se localizarían grupos en oposición y aislados. El concepto de confrontación que se asocia a ella debe cambiarse por uno de interpenetración, además de sustituir la idea de simpleza e inamovilidad con la que se ven sus relaciones, por otra que denote su gran complejidad y dinamismo (*ibidem*: 277).

Nalda llegó a reconocer cierta inconsistencia en el límite septentrional propuesto por Kirchhoff para Mesoamérica y le reprocha haber planteado una “frontera dura” aunque dinámica, pero sólo en términos de su ubicación. “No la pensó como una zona activa, de flujo continuo en ambos sentidos [no sólo en cuanto al cruce de individuos sino también en cuanto a circulación de bienes e ideas], de simbiosis, de resistencia y de complementariedad” (Nalda, 1996: 257).

Palerm y Wolf habían señalado, con base en fuentes etnohistóricas, que “la frontera norte de Mesoamérica ofrece una situación muy dinámica y compleja. La frontera cultural no coincidió siempre con la divisoria ecológica y sus desplazamientos de sur a norte y viceversa no dependieron de supuestos cambios climáticos, ni supuestamente de innovaciones tecnológicas, sino también del grado de integración socio-política y el poderío militar relativo de los pueblos mesoamericanos [...]” (1972 [1957]: 156).

Sin embargo, la crítica más directa y global —como era de esperarse— provino del campo de la etnología. Carrasco se había preguntado, en su comentario en la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, sobre la validez teórica del concepto de Mesoamérica, aclarando su sorpresa ante el título de esas sesiones de discusión: “[...] ¿pero Mesoamérica no es un concepto teórico?” (1990 [1985]: 211). Y precisaba:

[...] creo que si todavía existe una validez del concepto de Mesoamérica [...], repito [que es] en la etnohistoria y en la arqueología, y éstas son las áreas en las que se ha tratado de refinar el concepto y de mejorarlo y complementarlo. Sin embargo, también me atrevo a decir [...]: desde siempre —y aquí [en esta discusión de la XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología] se me ha confirmado esa idea—, el concepto Mesoamérica es de validez muy dudosa en lo que se refiere a la etnografía moderna de México (*ibidem*: 203).

[...] una posibilidad es decir que esto [el asunto de las áreas culturales] ya está acabado, ya no sirve para nada; otra solución, que es la que yo tomo, es decir: “Pues no, esto nunca ha sido de gran importancia teórica, podemos seguir usándolo, pero hay que mejorar la manera en que usamos este concepto, dados los nuevos intere-

ses [académicos...]. La solución, pues, es obvia, añadir los conceptos de lo social a la lista de elementos de Kirchhoff; pero no añadirlos simplemente, como si dijéramos pues hay familia nuclear, o hay familia extendida, o hay levirato, o hay sucesión patrilineal del Tlatoani, o hay consejos formados por cuatro señores, etcétera. Lo que más me llamó la atención, es el hecho de que en el territorio definido como Mesoamérica coexistían una serie de sociedades independientes, pero que habían elaborado ciertas maneras de relacionarse unas con otras. Es decir, sociedades que eran independientes establecían ciertas formas de relaciones económicas, intercambios de presentes, distintos tipos de comercio a larga distancia, tianguis a donde podían llegar gentes que no eran súbditos del señor del lugar, etcétera. También había ciertos sistemas de relaciones políticas entre estas unidades independientes, alianzas políticas militares de distintos tipos, alianzas matrimoniales, participación en convites con motivos sociales o religiosos, había [...] peregrinaciones que también trascendían los límites de las unidades políticas, y los señores de los señoríos independientes enviaban embajadas conforme a ciertas normas ya establecidas; es decir, podríamos decir que había algo así como un derecho internacional que convertía a todas las distintas unidades, o a casi a todas, o a algunas más que a otras, de Mesoamérica, en una superunidad social. Incluso la guerra, porque la guerra no era un rompimiento total de relaciones, sino una manera de tener relaciones con el enemigo, y la guerra se tenía que pelear conforme a ciertas normas bien establecidas. [...] Es decir, en todos los ámbitos de la actividad social había ciertos patrones de interacción que nos definen también al área mesoamericana como un área de convivencia, de interacción social. [...] En concreto, lo encuentro [al concepto de Mesoamérica] que me sirve para estudiar problemas de organización social (*ibidem*: 206).

Carrasco aclaraba que había intentado justificar y explicar las razones por las que seguía usando el concepto de Mesoamérica [para el siglo XVI] puesto al día, tomando en cuenta las modas teóricas, “pero sin pretender que el concepto de [...] Mesoamérica sea un instrumento teórico de primera clase” (1990 [1985]: 207). Puntualizaba, finalmente, que:

[...] las entidades políticas que existen en las civilizaciones, especialmente en el mundo moderno, son de una extensión mucho mayor de la que permite aplicar el sistema tradicional de clasificación de áreas culturales. [...] la existencia de sistemas sociales, económicos y políticos internacionales [...] nos impiden dividir esto en áreas culturales [al] estilo antiguo. Sería posible hacerlo únicamente si limitamos el concepto de área cultural al nivel campesino, y entonces podríamos tratar de definir distintas regiones del mundo rural, distintas áreas culturales del mundo rural, lo cual sería algo muy ligado a la adaptación al medio ambiente. [...] Si alguien quiere rescatar el área cultural tratando la etnografía moderna, yo creí que alguien lo iba a hacer aquí, verdad, no me duele que nadie lo haya hecho (*ibidem*: 207).

Por su parte, Cabrera Palomec preguntaba, en esa Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología:

¿Qué sucede con los etnógrafos, etnólogos, antropólogos sociales que toman y usan acriticamente [con una capacidad mimética y carencia de rigor para construir nuestro objeto de estudio] la noción de Mesoamérica? Y me refiero sólo a éstos, puesto que sobre los otros especialistas [arqueólogos, etnohistoriadores, lingüistas y antropólogos físicos] no debo ni hablar. [...] Caímos en una trampa, tendida por nadie, que confunde que un objeto de estudio se construya a partir de semejanzas y diferencias [...] (1990 [1985]: 215).

García Ruiz observó de manera clara: “creí que quedaba evidente que actualmente no existe Mesoamérica y, en consecuencia, al hablar de [la] etnografía como punto de partida, estaba como implícito [que] Mesoamérica [...] no tiene sentido [...]. Para la etnografía el concepto de Mesoamérica no tiene sentido, puesto que Mesoamérica ya no existe [...]” (1990 [1985]: 217-218).

Pero en esa época todavía para sus fervientes y convencidos seguidores,

El concepto mismo y la definición de su contenido fue un total acierto y su valor heurístico innegable, de modo que al ser lanzado en 1943 al mundo de los estudiosos americanistas fue acogido de inmediato, a la vez que des-

moralizó cualquier intento de refutarlo o de rebatirlo como tal. Por el contrario, los más serios investigadores se sintieron inspirados para decantar desde su campo las partes sugeridas o para abocarse a completar los aspectos no tratados por Kirchhoff en su ensayo [...] (Boehm de Lameiras, 1986: 13).

Tres lustros después, en referencia a la situación de la arqueología mexicana, Rodríguez García concluye:

Sostengo pues que Mesoamérica es un concepto que ha basado mucho de su larga permanencia en la connivencia con el poder establecido, y que muchos académicos lo esgrimen de manera consciente e inconsciente porque es más cómodo asumir un concepto ya dado y exitoso administrativa y presupuestalmente, que abandonarlo por otro marco de explicación, por más atractivo que éste pueda ser [en términos teóricos] (2000: 53).

[Sin embargo,] la proliferación de discusiones alrededor de los conceptos es un índice de fecundidad y de avance teórico en cualquier ciencia. [...] Creo, y me dirijo en especial a las nuevas generaciones, que no debería darnos miedo plantear investigaciones sin recurrir a Mesoamérica [...] (*ibidem*: 55). [...] no propongo una alternativa equivalente [en términos de globalidad], sino sólo dar cabida a la sana libertad conceptual de proponer cualquier alternativa, donde Mesoamérica sea sólo una de ellas, donde el Consejo de Arqueología [que norma y tiene derecho de veto sobre las investigaciones arqueológicas en territorio mexicano] no asuma que todos tenemos que ser mesoamericanistas [...] (*ibidem*: 56). [...] en muchos casos, la declaración de principios mesoamericanista [de macroárea cultural] es sólo una fórmula retórica para luego pasar de lleno al particularismo histórico [del sitio arqueológico en cuestión] (*ibidem*: 58).

Por su parte, es contundente la perspectiva de un arqueólogo crítico —quien, fundado en criterios epistemológicos, circunscribe su reflexión desde la aplicación de la noción al pasado prehispánico—, pues la considera como

[...] una noción escurridiza [...] usada y abusada por antropólogos y arqueólogos. Si muchos han intentado definirla explícitamente, otros la han integrado en su visión teórica y unos más buscan adecuarla, completarla,

perfeccionarla [...] (López Aguilar, 2000: 97). Con todo y sus ambigüedades, el concepto Mesoamérica dijo algo a cada antropólogo, pues desde que Kirchhoff lo enunció —que no lo definió en términos lógicos— su aceptación fue incondicional y así ha sido desde hace casi sesenta años (*ibidem*: 99). [...] lo que resulta evidente es que un concepto teórico no se debate a partir de la información “fáctica”, como esperarían los arqueólogos empiristas, pues se cae en el círculo vicioso de la tautología: nunca los datos observados y generados desde el enunciado teórico han servido para discutir la validez del mismo enunciado teórico, es necesaria una metodología distinta (*ibidem*: 98).

[...] aunque, efectivamente, nunca hubo una reflexión crítica. Sin embargo, no deja de desconcertar el hecho de que una definición formulada desde la sinonimia del *definiendum* con el *definiens*, no hubiera sido debatida sino años después, pero siempre con la intención de “perfeccionarla”: las discusiones se realizaron a partir del reto de la redefinición, de agregar evidencia empírica a favor, pero nunca una reconstrucción racional [...] ni de postular que la noción pudiera ser dejada atrás, [en tanto] falsable [...] (*ibidem*: 102). Ajenos a este problema, todas las perspectivas y todos los investigadores han asumido que definió “una realidad” [...] (*ibidem*: 104). [En Mesoamérica] todo puede ser inclusivo pues la base es irrefutable, es la misma realidad (*ibidem*: 105). El problema con el término Mesoamérica [...] radica no sólo en la ambigüedad de su definición, sino sobre todo en la de su uso: se maneja *ad hoc*, a veces como enunciado ontológico, a veces como enunciado teórico (*idem*). Los arqueólogos actúan en su *praxis* mesoamericanista en esa paradoja que confunde lo que la teoría explica, lo que implica y lo que corrobora (*ibidem*: 107). Mesoamérica es una noción cerrada (*ibidem*: 109). La paradoja se polariza en sus extremos: Mesoamérica es la realidad misma, o es un enunciado metafísico: desde las dos perspectivas, es imposible suponer su contrastación o corroboración. La decisión de usarlo va más allá del criterio de racionalidad científica y nos lleva hacia la historia externa del programa de investigación (*ibidem*: 108).

Con tono optimista, Rodríguez García externa su anhelo en el sentido de que:

[...] estamos a tiempo de que los arqueólogos de ese futuro —los que hoy son estudiantes— elijan el camino digno de estudiar sus sitios y regiones por ellos mismos, y no para la gloria de un Estado centralista, el lucimiento de un gobernador chauvinista o el reforzamiento de un concepto con serios problemas conceptuales y de dogmatismo político (2000: 59). Es comprensible que muchos colegas abriguen el deseo de que Mesoamérica continúe vigente por muchos años; es comprensible su resistencia a abandonar un concepto que fue prestigioso y que aún colma el deseo de una unidad cultural nacional continua desde el México antiguo [...] (*ibidem*: 61). [Sin embargo,] el concepto de Mesoamérica es un mito [cuando se supedita la investigación a una actitud estrictamente política] o, al menos tiene fuertes problemas conceptuales [...] (*ibidem*: 59). [...] el Estado capitalista mexicano ha usado el mito en su provecho [...] (*ibidem*: 60): [...] Mesoamérica fue parte importante de la consolidación del Estado mexicano posrevolucionario, eminentemente nacionalista [...] (*ibidem*: 61) [y] debo conceder que quizás el conjunto de la academia antropológica prefiera orientar su práctica profesional hacia el logro de objetivos políticos y no hacia el esclarecimiento de problemas científicos [...] (*ibidem*: 60). [En todo caso,] el primer punto a trabajar por los mesoamericanistas es una revisión del proceso de construcción lógico, epistemológico y teórico del concepto, siempre recordando que es una convención [...] (*ibidem*: 56). El desarrollo de nuestra antropología requiere de una refundamentación de sus pretensiones, y una de las primeras es precisar las dimensiones teóricas y políticas de Mesoamérica [...] (*ibidem*: 62).

#### Epílogo: aurora y ocaso de un mexicanista

Una de las pistas para reconocer que la metodología utilizada para la construcción de Mesoamérica no era la propia de Kirchhoff, es el hecho de que cuando establece las áreas culturales de Oasisamérica y Aridoamérica, en 1953-1954, procede con metodología diferente (Nalda, 1990 [1985]). Si la anterior había probado el mayor éxito posible en la comunidad académica —y había sido reconocida como original del autor—, ¿por qué no volverla a emplear?

En el artículo sobre los “Recolectores y agricultores en el Gran Suroeste”, Kirchhoff manifiesta un tono

difusionista —expresado desde 1944—, pero reducido, de nuevo, a desplazamientos culturales de Mesoamérica al Gran Suroeste. Este punto no afectaba la postura nacionalista de la antropología mexicana, pues ahora, además de la grandeza propia, México era responsable de los aspectos civilizatorios de la región norteña. Esta postura era la conveniente —y hay que comprenderlo—, dado que Kirchhoff estaba solicitando trabajo en el Instituto de Historia de la universidad más importante de México. Circunscribir o ampliar el ámbito de las difusiones en sus escritos era, más que un asunto determinado por el objeto de estudio, una cuestión de coyuntura política.

Como académico de la UNAM, Kirchhoff se sintió seguro en su puesto de investigador universitario y procedió desde 1959, de manera más franca, de acuerdo con su leal saber y entender. Así, a partir de la conmemoración centenaria de la muerte de Alexander von Humboldt, intensificó la publicación de artículos en los que se promueve un difusionismo transpacífico.

[...] llegó a sostener —dentro de una posición difusionista radical— que habían ocurrido dos masivas importaciones culturales asiáticas en América de dos ordenamientos filosóficos básicos, hechos en: 1) China, la primera vez, y 2) en regiones hinduizadas y budistas del sureste de Asia la segunda, unos mil años después. Dichas importaciones fueron aceptadas en Mesoamérica donde se elaboraron y transformaron. Sin duda, [...] Para él, sólo las citadas importaciones culturales en masa podían explicar la complejidad del calendario, la astronomía y las matemáticas mesoamericanas que no podía explicar su pobre base tecnológica y económica (García Mora, 2002: 39-40).

En sus propias palabras, atentó de manera directa contra el “viejo buen orden de estudiar América en sí y para sí, sin que medien problemas como el de la relación entre las Altas Culturas del Nuevo y el Viejo Mundo” (Kirchhoff, 2000 [1969]: 197), pues llegó a postular “que las culturas del mundo antiguo deben haber jugado un papel importante en el desarrollo de las del Nuevo Mundo” (*ibidem*: 195).

¿Por qué la inusitada aura de Kirchhoff como luminoso Quetzalcóatl derivó para la intelectualidad mexi-

cana, en menos de un cuarto de siglo, en la opuesta imagen obscura del negativo Tezcatlipoca? Por su postura definitiva sobre “la indagación futura del problema de una separación o una conexión de principio, en cuanto al desarrollo histórico en el Antiguo y el Nuevo Mundo” (*ibidem*: 194).

Kirchhoff, autor del texto más célebre y citado de la antropología mexicana/mexicanista —base a la postre del “producto cultural Mesoamérica”, el recurso ideológico más importante del Estado mexicano en el siglo XX—, fue víctima si no de una muerte simbólica, sí de un atentado. Habrá que conocer, con base en los archivos de la UNAM y del ISSSTE, las razones jurídicas esgrimidas en su momento para su supuesta jubilación ya que, de acuerdo con las leyes laborales vigentes, no había motivo para despedirlo, ni tampoco para otorgarle una jubilación —con sólo diez años de antigüedad laboral—. Sin embargo, según Rutsch:

A pesar de cierto reconocimiento que la obra de Kirchhoff tuvo en el medio internacional, en México fue obligado a jubilarse a los 65 años [en el Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México], por considerarse que había producido “demasiado poco”. Este argumento fue desde luego extraoficial, pero conocido en el medio. La razón fundamental para la descalificación de la obra de Kirchhoff en México, a pesar de su síntesis nodal del concepto de Mesoamérica, fue y sigue siendo su pertenencia a la escuela difusionista y su incómoda búsqueda del origen de las culturas mesoamericanas en Asia —diametralmente contrapuesta a la utilidad ideológica de la “provincia cultural” Mesoamérica (Rutsch, 2000: 43).

Aquí es pertinente —ya que sigue vigente— recordar el planteamiento de Nalda (comunicación personal) sobre la inadecuada comparación de una bien lograda “pintura de caballete” (un ensayo) con respecto a un “extenso mural” (un tratado) y del impacto académico y trascendencia de cada pieza. El propio Jiménez Moreno justificó “la parquedad de sus publicaciones. ¿Pero qué importa que [Kirchhoff] no haya dejado obras de centenares de páginas, si las que escribió, sucintamente, aportaron orientaciones decisivas y esclarecieron en muchas ocasiones [...] problemas de ardua clasificación” (1979: 25).

Por lo demás, se debe aclarar que en los diez años que colaboró como investigador en la UNAM, publicó alrededor de una veintena de artículos, presentaciones y reseñas; asimismo, dejó varios textos inéditos escritos en ese periodo. De cualquier manera, “la [tesis] de Mesoamérica ha sido ampliamente aceptada, mientras la otra [tesis], relativa al origen asiático de las altas culturas del continente americano, ha sido y sigue siendo, objeto de un rechazo tajante. Con frecuencia, en el medio mexicano, esta última tesis ha sido silenciada o ridiculizada, considerándola como una especie de ‘demencia senil’ [de Kirchhoff]” (Rutsch, 2000: 44).

Consta el antecedente de la pretensión de vilipendio académico en contra de otro antropólogo inmigrante, transterrado de la Segunda Guerra Mundial, Juan Comas Camps (1900-1979), oriundo de las Islas Baleares. Lucio Mendieta y Núñez le había solicitado que reseñara el libro colectivo *Etnografía de México. Síntesis monográficas* (Rojas González *et al.*, 1957), publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Como la reseña acuciosa de Comas no correspondió al elogio esperado, fue acusado de presentar una “crítica injusta”, “que ponía en tela de juicio a la Universidad” y por ello sus apreciaciones fueron consignadas al tribunal universitario. La intentona fue frenada por la propia defensa firme de Comas y por los escritos de varios antropólogos, intelectuales y de la Sociedad de Alumnos de la ENAH (*apud* Comas, 1959).

¿Por que nadie denunció la tramposa actitud antiacadémica de ciertos universitarios en el asunto de la supuesta jubilación de Kirchhoff? ¿Por qué nadie dio la cara directamente en favor de Kirchhoff? ¿Por qué la Sociedad de Alumnos de la ENAH, que tomó partido por Comas en 1957, no lo hizo por Kirchhoff en 1965, aunque había reeditado de manera festiva su ensayo sobre Mesoamérica en 1960? ¿Por qué la Sociedad Mexicana de Antropología, fundada a instancias de Kirchhoff en 1937, guardó un silencio cómplice?

Aun cuando en la mayoría de la academia mexicanista Kirchhoff gozaba de simpatía y admiración hacia su persona, nadie se atrevió a dar la cara directamente, por el temor a represalias. Prevalció esa mezcla inextricable de una supuesta democracia (crónicamente inacabada) y un estado de derecho (dogmático y apli-

cado selectivamente) con reglamentos interpretados y ajustados *ad hoc*, que conforma el capelo de una corrupción generalizada en México.

No faltaron las migajas —en calidad de limosna piadosa o de penitencia de los antropólogos convertidos en funcionarios—, como los cursos mal pagados de “hora-semana-mes” en la ENAH o el Seminario de 1971 en la Universidad Iberoamericana, que derivó en la publicación póstuma de 1983, y quizás alguna paga especial por parte de Guillermo Bonfil, cuando llegó a ser director del INAH y le encargó a principios de 1972 la reedición de la *Historia Tolteca-Chichimeca*.

“En Europa realizó [en 1961-1962] múltiples gestiones para fundar la Misión Alemana, con el fin de estudiar interdisciplinariamente la comarca de Puebla y Tlaxcala” (Zappett Tapia, 1988: 359), de tal manera que “el mayor logro de [Kirchhoff, en su promoción por Europa de la investigación de las culturas americanas] fue conseguir que la Deutsche Forschungsgemeinschaft estableciera el ‘Proyecto Cholula’ [*sic*] desde 1962” (Jiménez Moreno, 1979: 22),

¿Por qué en el artículo correspondiente a dicho proyecto (García Cook y Merino Carrión, 1988) en *La antropología en México*, sólo se le menciona al inicio como uno, entre otros personajes, que tuvieron la inquietud de que se llevara a cabo dicho programa de investigación científica interdisciplinaria? ¿Por qué no aparece de nuevo su nombre en las siguientes 15 páginas? ¿Por qué no figura en la extensa bibliografía de 14 páginas de ese artículo ni un solo trabajo de Kirchhoff, ni siquiera el breve texto que dedicó a ese proyecto (“Der heutige Stand des Mexiko Projectes [La situación actual del Proyecto México]”, 1968)? De acuerdo con García Mora, en su archivo se encuentran los siguientes trabajos de Kirchhoff, inéditos o editados en mimeógrafo: “El Valle poblano-tlaxcalteca” (1967 [1962]); “Los grandes lineamientos de la historia tolteca” (1964); “Cholula, la ciudad comercial sagrada del México Antiguo” (*ca.* 1964); “La Cuatlalpan o Provincia de Itztocan” (*s.f.*); “El establecimiento de las siete tribus chichimecas en el territorio de los actuales estados de Puebla y Tlaxcala” (*s.f.*), y “Die vorspanische Geschichte des gebietes Puebla-Tlaxcala und seiner rolle in der Geschichte des hochlandes von Mexiko” (*s.f.*).

En el Museo Nacional de Antropología —uno de los logros arquitectónicos y culturales más importantes del Estado mexicano de la segunda mitad del siglo XX—, la oficina de la dirección, que le correspondió a Ignacio Bernal, me parecía impresionante por su dimensión, buen gusto en el diseño y la extensa vista a los jardines. El amplio salón que —además de otra oficina más modesta en la planta del sótano— ocupaba Jiménez Moreno al fondo a la izquierda de ENAH, era uno de los lugares más acogedores y con una vista maravillosa al bosque de Chapultepec. Al fallecer Caso en 1970, la gran oficina asignada al director de la Biblioteca Nacional de Antropología pasó a ser la sede de la biblioteca del “jefe histórico” de la antropología mexicana; ahí permanece su propia “capilla alfonsina”, con los libros dispuestos en un orden semejante al que tenían en su casa.

En cambio, a Kirchhoff —el forjador de las nociones de Mesoamérica, Oasisamérica y Aridoamérica, a cuyas culturas se les dedicó el magnífico Museo Nacional de Antropología— no le tocó ni siquiera una buhardilla en ese edificio. Las generaciones actuales no deben imaginarse que, en los últimos años de su vida, Kirchhoff se paseaba con el pecho lleno de medallas; ¡ni siquiera fue merecedor del Águila Azteca por parte del gobierno mexicano! A pesar de la amargura derivada de la humillación en la UNAM —el hecho “le frustró y contribuyó a su aislamiento [...]” (Jiménez Moreno, 1979: 20 y 11)—, Kirchhoff se mantuvo como dedicado investigador, académico que seguía asistiendo a congresos y digno profesor hasta el final de su vida. Me consta.

Yo fui un alumno eventual en los últimos cursos que impartió Paul Kirchhoff en la ENAH, en 1970-1971. Tiene razón mi condiscípulo Carlos García Mora, al señalar que pocos entendimos sus disertaciones, expuestas en el pizarrón, a ritmo lento y jadeante, sobre los dioses y calendarios de Asia y Mesoamérica. ¿Quién de nosotros estaba entonces capacitado para comprenderlo?

Yo trabajaba en un hotel de la Zona Rosa, durante el turno matutino. Salía tan pronto como me era posible, para llegar “rayando espuela” a la primera clase, que iniciaba a las tres de la tarde. Un día de la temporada de lluvias, mi arribo coincidió con un aguacero

torrencial, por lo que iba atravesando a toda carrera la explanada para ingresar al Museo. Rebasé a una figura que iba vacilante y que a duras penas sostenía su paraguas, estremecido por el ventarrón. Era el maestro Kirchoff, caminando lentamente, arrastrando los pies. Le sostuve el paraguas, reducido y maltratado, y lo apoyé tomándolo por el hombro. Con frases entrecortadas me comunicó que estaba desesperado, porque iba a llegar tarde a la clase que tenía que impartir. Independientemente de la lluvia pertinaz, el anciano no podía caminar más aprisa. Traté de convencerlo de que tanto los demás alumnos, como yo mismo, comprenderíamos la situación.

En el famoso seminario de la Universidad Iberoamericana de 1971, en el que expuso ampliamente, en calidad de testamento, sus ideas sobre la derivación del sistema calendárico mesoamericano a partir de las culturas asiáticas, se dio el lujo de provocar el siguiente diálogo con el alumno de mayor rango administrativo-académico y, en ese contexto, el principal representante emblemático *in situ* del autoctonismo americano:

Kirchoff: Aquí hay indudablemente un enorme campo para gente que se interese lo suficiente por no solamente pasar un rato agradable o interesante, sino por hacer algo. Yo ya no voy a hacer mucho en los años que me quedan. [...] doctor [Ángel] Palerm [1917-1980], ¿no tiene ningunas violentas reacciones contra todas estas tonterías?

Ángel Palerm: Estoy perplejo hasta ahora.

Kirchoff: Bueno, pero perplejidad se puede expresar en palabras, je, je... Porque yo quiero fumar un cigarro y si sigo hablando no puedo fumarlo.

Ángel Palerm: La pregunta que tengo, pues me imagino que es la que nos hemos hecho muchos [...], yo diría hasta con alarma, su cambio de intereses desde las épocas primeras de la Escuela Nacional [de Antropología, hasta sus clases en 1947] a las presentes preocupaciones suyas; lo digo con alarma ¿no? y la pregunta es, yo creo no es sólo mía sino de otros, es ¿a dónde va a parar esto? [...]

Kirchoff: Quien sabe, no, yo creo que sí.

Ángel Palerm: Pero tiene que preguntárselo uno mismo. Yo me imagino que usted debe tener razones muy serias para haber ido, durante estos años, cambiando su foco de interés de un tipo de problemas a otros, y eso es lo que yo preguntaría; más que el problema en sí, que es fascinante [...].

Kirchoff: Pues yo en ciertos momentos, también estoy alarmado. Yo expliqué el martes [en la primera sesión de este seminario] que todo esto me cayó un día sin que yo lo buscara, pero fue una cosa que me cayó en contestación a un deseo que tenía desde mis años de estudiante, me cayó bien. Voy a hablar, ya que usted habló de lo personal, también de lo personal.

Hace unos años tuve la oportunidad de hacer un viaje por la zona oriental de Alemania [entonces República Democrática Alemana], donde está la universidad donde estudié antropología, Leipzig, y visité a mi antiguo profesor [Fritz] Krauze [1881-1963] y le pregunté[:] “una cosa que no entiendo bien es ¿por qué no me acuerdo cuándo yo comencé a, no sólo interesarme por, sino a creer casi como una fe, en íntimas relaciones entre las civilizaciones asiáticas y americanas? ¿Fue usted?” Dice: “¡ay!, ¡no, no!”

Y en ese mismo momento, por su violenta reacción, me acordé que leí una traducción al alemán de esa obra que Humboldt escribió en francés: “Vues des cordillères, et monuments des peuples indigènes de l’Amérique”, creo que se llama, donde ese hombre asombroso, para entender las semejanzas entre el calendario chino y el mexicano, hace algo que a primera vista parece innecesario; hace un muy bien documentado y un muy serio estudio comparado entre las listas de estaciones lunares de China y la India (von Humboldt, 1995 [1810]: 143-203; *cf.* Kirchoff, 1962 [1959]). Debe ser en ese tiempo, porque en años posteriores para mí esta cosa estaba resuelta.

Cuando Heine-Geldern entró en este campo, yo estaba ya en él, pero nunca encontré algo que aportar. Pueden ustedes leer unos artículos míos publicados en ese tomo que se llama [*El*] *México prehispánico [Culturas, deidades y monumentos]*, Jorge A. Vivó, ed., 1946 (1944), una colección de artículos [“El papel de México en la América precolombina”, “México y su influencia en el continente” y, en particular, “El problema del origen de la civilización mexicana”], allá hice yo confesión de fe, pero nunca encontré nada.

Claro que hay una serie de cosas en la estructura política del México antiguo que tiene semejanza con lo del sureste de Asia; pero esas son tan pocas y tan obvias y llevan a un *cul de sac*, a un callejón sin salida, que dije, pues eso no tiene objeto. Esto me cayó, como ya expliqué el martes, cuando en un seminario que dirigí junto con el director del Instituto de Etnología en Frankfurt [Adolf Jensen], que me invitó, sobre el problema de Asia y

América [en 1960-1961]. Tocó un día a una muchacha dar un informe sobre el trabajo de Graebner sobre esos calendarios ["Orígenes asiáticos del calendario mexicana" (1948 [1921])]; lo leí y siguiendo mi costumbre, cuando encontré que había algo más, copié las listas, copié en otra manera, así, así, y así; y de repente vi por dónde iba a ir, y entonces me di cuenta de una situación que ustedes todos conocen [...] (1983 [1971]: 43-45; *apud* García Mora, Manzanilla y Monjarás-Ruiz, eds., 2002 [1971]: 132-134).

## BIBLIOGRAFÍA

- Ankermann, Bernhard, "Kulturkreise und Kulturschichten in Afrika", en *Zeitschrift für Ethnologie*, Berlín, núm. 37, 1905, pp. 54-84.
- Baumann, Hermann, "Graebner, Fritz", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* (David L. Sills, ed.), vol. 5, Madrid, Aguilar, 1975 [1968], pp. 196-197.
- Beals, Ralph L., *The Comparative Ethnology of Northern Mexico before 1750*, Berkeley, University of California Press (Ibero-Americana, 2), 1932.
- Bernal, Ignacio, "Evolución y alcance de las culturas mesoamericanas", en *Esplendor del México antiguo* (Carmen Cook de Leonard, coord.), México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1959, pp. 97-124.
- Boehm de Lameiras, Brigitte, "Mesoamérica. Sociedades y cultura", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, Zamora, El Colegio de Michoacán, vol. VII, núm. 26, 1986, pp. 13-21.
- Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Secretaría de Educación Pública, 1987.
- Bulck, Gaston van, "Beiträge zur Methode der Völkerkunde", en *Wiener Beiträge zur Kulturgeschichte und Linguistik*, II, 1931, pp. 1-256.
- Cabrera Palomec, René, "[Comentario]", en *La validez teórica del concepto de Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Sociedad Mexicana de Antropología (Científica, 198), 1990 [1985], pp. 214-215.
- Carrasco, Pedro "[Comentario del doctor...]", en *La validez teórica del concepto de Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Sociedad Mexicana de Antropología (Científica, 198), 1990 [1985], pp. 202-207.
- Caso, Alfonso, "Homenaje a Hermann Beyer", en *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, historia, historia antigua y lingüística mexicanas. Tomo IX 1959. Tomo especial de homenaje consagrado a honrar la memoria del ilustre antropólogo doctor Hermann Beyer*, México, Sociedad Alemana Mexicanista, 1961 [1943], pp. 23-30.
- , "Relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Una observación metodológica", en *Cuadernos Americanos*, México, año XXI, vol. CXXV, núm. 6, 1962, pp. 160-175.
- , "Respuesta a Paul Kirchhoff", en *Diógenes*, Buenos Aires, Sudamericana, vol. XI, núm. 47, 1964, pp. 11-23.
- Castro, Carlo Antonio, "Roberto J. Weitlaner", en *La Antropología en México. Panorama histórico. 11. Los protagonistas* (Nájera-Yurchenko), (Carlos García Mora, coord. general; Lina Odena Güemes, coord. del vol.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Biblioteca del INAH), 1988, pp. 515-544.
- Comas, Juan, *Crítica científica y espíritu universitario*, México, Edición del autor, 1959.
- Cook de Leonard, Carmen, "Cien años de arqueología mexicana", en *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, historia, historia antigua y lingüística mexicanas. Tomo XI 1969*, México, Sociedad Alemana Mexicanista, 1969, pp. XX-LV.
- Dalhgren, Barbro, "La obra etnológica del maestro Weitlaner", en *Summa Anthropologica en homenaje a Roberto J. Weitlaner* (Antonio Pompa y Pompa, ed.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Secretaría de Educación Pública, 1966, pp. 25-29.
- Frobenius, Leo, *Der Ursprung der Afrikanischen Kulturen*, Berlín, Gebruder Borntraeger, 1898.
- García Cook, Ángel y Leonor Merino Carrión, "El Proyecto Puebla-Tlaxcala", en *La Antropología en México. Panorama histórico. 5. Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera* (Carlos García Mora, coord. general; María de la Luz del Valle Berrocal, coord. del vol.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Biblioteca del INAH), 1988, pp. 149-177.
- García Mora, Carlos, "Paul Kirchhoff, el instigador", en *Antropología y marxismo*, vol. I, núm. 1, 1979, pp. 7-10.
- , "La creatividad científica a través de los papeles de un etnólogo (a propósito del archivo personal de Paul Kirchhoff)", en *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión* (Mechthild Rutsch, comp.), México, Universidad Iberoamericana/Instituto Nacional Indigenista/Plaza y Valdés, 1996, pp. 225-245.
- , "Mesoamérica: un proyecto científico y un programa político", en *Dimensión Antropológica*, México, vol. 7, núm. 19, 2000, pp. 65-95.
- , "Introducción [Primera parte. Generalidades]", en *Paul Kirchhoff. Escritos selectos. Estudios mesoamericanistas* (Carlos García Mora, Linda Manzanilla y Jesús Monjaraz-Ruiz, eds.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, pp. 37-40.
- García Mora, Carlos, Linda Manzanilla y Jesús Monjaraz-Ruiz, "Prefacio a la obra completa", en *Paul Kirchhoff. Escritos selectos. Estudios mesoamericanistas* (Carlos García Mora, Linda Manzanilla y Jesús Monjaraz-Ruiz, eds.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, pp. 13-30.
- García Ruiz, Jesús, "[Comentario]", en *La validez teórica del concepto de Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, Sociedad Mexicana de Antropología (Científica, 198), 1990 [1985], pp. 217-218.

- González Jácome, Alba, "Mesoamérica: un desarrollo teórico", en *Dimensión Antropológica*, México, vol. 7, núm. 19, 2000, pp. 121-151.
- Graebner, Fritz, "Kulturkreise und Kulturschichten in Ozeanien", en *Zeitschrift für Ethnologie*, Berlín, núm. 37, 1905, pp. 28-53.
- , "Die melanesische Bogenkultur und ihre Verwandten", en *Anthropos*, Sankt Gabriel, Mödling bei Wien, núm. 4, 1909a, pp. 726-780.
- , "Völkerkunde der Santa-Cruz-Inseln", en *Ethnologica*, núm. 1, 1909b, pp. 71-184.
- , *Metodología etnológica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1940 [1911].
- , "Orígenes asiáticos del calendario mexicana", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, vol. LXV, núm. 2-3, 1948 [1921], pp. 438-496.
- , "Ethnologie", en *Die Kultur der Gegenwart, Ihre Entwicklung und ihre Ziele [Parte tercera, sección 5, Antropología]*, (Paul Hinneberg, ed. general; Gustav Schwalbe, ed. del vol.), Leipzig y Berlín, Verlag B.G. Teubner, 1923, pp. 435-587.
- , *El mundo del hombre primitivo. Estudio de las concepciones primitivas del mundo de los pueblos salvajes*, Madrid, Revista de Occidente (Nuevos hechos, nuevas ideas), 1925 [1924].
- Gropp, Arthur E., "Hermann Beyer's last years", en *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, historia, historia antigua y lingüística mexicanas. Tomo IX 1959. Tomo especial de homenaje consagrado a honrar la memoria del ilustre antropólogo doctor Hermann Beyer*, México, Sociedad Alemana Mexicanista, 1961 [1943], pp. 35-38.
- Harris, Marvin, *The Rise of Anthropological Theory*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1969.
- Heine-Geldern, Robert, "One Hundred Years of Ethnological Theory in the German-Speaking Countries: Some Milestones", en *Current Anthropology*, vol. 5, núm. 5, 1964, pp. 407-418.
- Henninger, Joseph, "Schmidt, Wilhelm", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* (David L. Sills, ed.), vol. 9, Madrid, Aguilar, 1976 [1968], pp. 496-497.
- Holmes, G., "Areas of American Culture Characterization Tentatively Outlined as an Aid in the Study of Antiquities", en *American Anthropologist*, núm. 16, 1914, pp. 413-416.
- Humboldt, Alexander von, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, México, Siglo XXI, 1995 [1810].
- Jiménez Moreno, Wigberto, "Mesoamérica", en *Enciclopedia de México*, vol. VIII, México, Enciclopedia de México, 1975, pp. 471-483 [941-966].
- , *De Mexamérica a Nueva España. Mi acceso a la antropología y la historia. Bibliografía mínima. Homenaje del Seminario de Cultura Mexicana en el vigésimo aniversario de su muerte* (Ernesto de la Torre Villar, coord.), México, Seminario de Cultura Mexicana, 2004 [1980, 1978].
- , "Vida y acción de Paul Kirchhoff", en *Mesoamérica. Homenaje al doctor Paul Kirchhoff* (Barbro Dalhgren, coord.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1979, pp. 11-25.
- Josselin de Jong, Jan Petrus Benjamin de, "Lévi-Stauss' Theory on Kinship and Marriage", en *Structural Anthropology in the Netherlands* (Patrick E. de Josselin de Jong, ed.), Dordrecht, Foris Publications (Koninklijk Instituut Voor Taal-, Land- en Volkenkunde, Translations series, 17), 1977 [1952], pp. 254-319.
- Kirchhoff, Paul, "Etnología, materialismo histórico y método dialéctico", en *Antropología y marxismo*, México, núm. 1, 1979 [1937], pp. 11-38.
- , "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en *Acta Americana. Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía*, México, vol. I, núm. 1, enero-marzo de 1943, pp. 92-107.
- , *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales* (Suplemento de la revista *Tlatoani*, núm. 3), México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1960 [1943].
- , "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en *Paul Kirchhoff. Escritos selectos. Estudios mesoamericanos. Volumen 1. Aspectos generales* (Carlos García Mora, Linda Manzanilla y Jesús Monjarás-Ruiz, eds.), México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2002 [1943], pp. 43-54.
- , "Los recolectores-cazadores del Norte de México", en *El Norte de México y el Sur de Estados Unidos. Tercera Reunión de la Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centroamérica. 25 de agosto a 2 de septiembre de 1943*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1944a, pp. 17-40.
- , "El papel de México en la América precolombina", en *México prehispánico. Culturas, deidades y monumentos. Antología de Esta Semana. This Week 1935-1946* (Jorge A. Vivó, ed.), México, Editorial Emma Hurtado, 1946 [1944b], pp. 86-90. Publicado originalmente en *This Week [Esta Semana]*, México, vol. X, núm. 467, 22-28 de abril de 1944, pp. 25-28.
- , "México y su influencia en el continente", en *México prehispánico. Culturas, deidades y monumentos. Antología de Esta Semana. This Week 1935-1946* (Jorge A. Vivó, ed.), México, Editorial Emma Hurtado, 1946 [1944c], pp. 91-98. Publicado originalmente en *This Week [Esta Semana]*, México, vol. X, núm. 474, 10-16 de junio de 1944, pp. 25-29.
- , "El problema del origen de la civilización mexicana", en *México prehispánico. Culturas, deidades y monumentos. Antología de Esta Semana. This Week 1935-1946* (Jorge A. Vivó, ed.), México, Editorial Emma Hurtado, 1946 [1944d], pp. 99-108. Publicado originalmente en *This Week [Esta Semana]*, México, vol. X, núm. 480, 22-28 de julio de 1944, pp. 25-29 y 31.
- , "Comentario al artículo del señor [Gregorio] Hernández de Alba ['Lo indígena como expresión americana']", en *América Indígena. Órgano trimestral del Instituto Indigenista Interamericano*, México, vol. IV, núm. 3, 1944e, pp. 227-231.
- , "México y el Viejo Mundo: los estudios mexicanistas ante nuevas perspectivas", en *Traducciones mesoamericanistas*, II, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1968 [1954a], pp. 7-29.
- , "Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: a Problem of Classification", en *American Anthropologist*, vol. 56, núm. 4, 1954b, pp. 529-560.

- , “La aportación de Humboldt al estudio de las antiguas civilizaciones americanas: un modelo y un programa”, en *Ensayos sobre Humboldt*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962 [1959], pp. 89-103.
- , “En la tercera edición [de Mesoamérica]”, en *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales* (suplemento de la revista *Tlatoani*, núm. 3), México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1967 [1960], s.p.
- , “Investigaciones, 1955 a 1961 [La historia antigua de México: problemas de investigación]”, en *Paul Kirchhoff. Escritos selectos. Estudios mesoamericanos, vol. 1. Aspectos generales* (Carlos García Mora, Linda Manzanilla y Jesús Monjarás-Ruiz, eds.), México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2002 [1962], pp. 83-90.
- , “The Diffusion of a Great Religious System from India to Mexico”, en *XXXV Congreso Internacional de Americanistas. México 1962. Actas y Memorias I*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964 [1962], pp. 73-100.
- , “The Adaptation of Foreign Religious Influences in Prehispanic Mexico”, en *International Council for Philosophy and Humanistic Studies, VIIth General Assembly*, México, 21-25 de septiembre de 1963 (sobretiro mimeografiado).
- , “The Adaptation of Foreign Religious Influences in Pre-Hispanic Mexico”, en *Diogenes*, Montreal, núm. 47, 1964 [1963], pp. 13-28.
- , “Observaciones acerca de la convergencia de las estructuras religiosas”, en *Diogenes*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, vol. XI, núm. 47, 1964 [1963], pp. 11-23.
- , “Los estudios mesoamericanos hoy y mañana”, en *Summa Antropológica en homenaje a Roberto J. Weitlaner* (Antonio Pompa y Pompa, ed.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966, pp. 205-208.
- , “Der heutige Stand der Mexiko Projectes”, en *Umschau*, t. 68, fasc.17, Francfort del Meno, 1968, pp. 517-523.
- , “Robert von Heine-Geldern (16 julio 1885-26 mayo 1968)”, en *Dimensión Antropológica*, México, vol. 7, núm. 19, 2000 [1969], pp. 191-199.
- , *Principios estructurales en el México antiguo* (Teresa Rojas Rabiela y Amelia Camacho, eds.), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Cuadernos de la Casa Chata, 91), 1983 [1971].
- Kirchhoff, Paul (ed.), Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América, *Recomendaciones para la uniformización de los estudios de distribuciones culturales (Edición provisional)*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1941, pp. 13-24.
- Klimek, Stanislaw, *Culture Element Distributions: I The Structure of California Indian Culture*, Berkeley, University of California Press (Publications in American Archaeology and Ethnology, 37), 1935, pp. 1-70.
- Kluckhohn, Clyde, “Some Reflections on the Method and Theory of the Kulturkreis Lehre”, en *American Anthropologist*, núm. 38, 1936, pp. 157-196.
- , “Preface”, en *The Culture Historical Method of Ethnology. The Scientific Approach of Racial Question* (Wilhelm Schmidt, autor), Nueva York, Fortuny's, 1939, pp. V-VIII.
- Kroeber, Alfred Louis, “The Culture-area and the Age-area concepts of Clark Wissler”, en *Methods in Social Science* (S. Rice, ed.), Chicago, University of Chicago Press, 1931, pp. 248-265.
- , *Cultural and Natural Areas of Native North America*, Berkeley, University of California Press (Publications in American Archaeology and Ethnology, 38), 1939.
- Kroeber, Alfred Louis y H. Driver, *Quantitative Expression of Cultural Relationships*, Berkeley, University of California Press (Publications in American Archaeology and Ethnology, 29), 1932, pp. 253-423.
- Leach, Edmund Ronald, *Sistemas políticos de la Alta Birmania. Estudio sobre la estructura social kachin*, Barcelona, Anagrama (Biblioteca Anagrama de Antropología, 8), 1976 [1964].
- León Portilla, Miguel, “Humboldt, investigador de los códices y la cosmología náhuatl”, en *Ensayos sobre Humboldt*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962 [1959], pp. 133-148.
- Lévi-Strauss, Claude, “¿Existen las organizaciones dualistas?”, en *Antropología estructural (Manuales)*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977 [1956], pp. 119-148.
- López Aguilar, Fernando, “En la mirada del arqueólogo, una Mesoamérica ciega (entre mesoamericanistas te veas)”, en *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión* (Mechthild Rutsch, comp.), México, Universidad Iberoamericana/Instituto Nacional Indigenista/Plaza y Valdés, 1996, pp. 97-119.
- Lorenzo, José Luis, “Pedro Armillas”, en *Pedro Armillas: vida y obra* (Teresa Rojas, ed.), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991, pp. 15-29.
- Llobera, Josep Raimon, *La identidad de la antropología*, Barcelona, Anagrama (Argumentos, 110), 1990.
- Mason, Otis T., “Influence of Environment upon Human Industries or Arts”, en *Annual Report of the Smithsonian Institution*, 1895, pp. 639-665.
- , “Aboriginal American Zoötechny”, en *American Anthropologist*, vol. I, núm. 1, 1899, pp. 45-81.
- , “Environment”, en *Handbook of American Indians North of Mexico*, I, Bureau of American Ethnology (Bulletin, 30), 1907, pp. 427-430.
- Mendizábal, Miguel Othón de, “La influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas de México”, en *Obras completas*, II, México, Cooperativa de los Trabajadores de los Talleres Gráficos de la Nación, 1946 [1928-1929], pp. 181-345.
- Nalda, Enrique, “Demografía y resistencia indígena en el área maya: siglos XVI y XVII”, tesis doctoral en antropología, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, I.
- , “¿Qué es lo que define Mesoamérica?”, en *La validez teórica del concepto de Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Sociedad Mexicana de Antropología, 1990 [1985], pp. 11-20.
- , “La frontera norte de Mesoamérica”, en *Temas mesoameri-*

- canos (Sonia Lombardo y Enrique Nalda, coords.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, pp. 255-278.
- Palerm, Ángel y Eric Wolf, "Potencial ecológico y desarrollo cultural en Mesoamérica", en *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas, 32), 1972 [1957], pp. 149-205.
- Peristiany, Jean George y Julian Pitt-Rivers, "Introducción", en *Honor y gracia* (Julian Pitt-Rivers y Jean George Peristiany, eds.), Madrid, Alianza Editorial (Alianza Universidad), 1993 [1992], pp. 15-37.
- Pinar de la Boullaye, H., *L'Étude comparée des religions*, 2 vols., París, Gabriel Beauchesne, 1929 [1922 y 1925].
- Pompa y Pompa, Antonio, "Diálogo con Roberto J. Weitlaner. Entrevista de [...]", en *Summa Anthropologica en homenaje a Roberto J. Weitlaner* (Antonio Pompa y Pompa, ed.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Secretaría de Educación Pública, 1966, pp. 31-36.
- Preuss, Konrad Theodor, "El fundamento mítico y el histórico del manuscrito jeroglífico mexicano 'Historia Tolteca-Chichimeca'", en *Investigación y progreso*, Madrid, 10 (5), 1936b, pp. 139-143.
- Preuss, Konrad Theodor y Ernst Menghin, "Histoire tolteco-chichimèque. Die mexikanische Bilderhandschrift 'Historia Tolteca-Chichimeca'. Die Manuskripte 46-58 bis der Nationalbibliothek in Paris", Berlín, *Baesler-Archiv*, 21, 1938, pp. 1-66.
- Ratzel, Friedrich, *Anthropo-Geographie oder Grunzüge der Anwendung der Erdkunde auf die Geschichte*, Stuttgart, J. Engelhorn (Bibliothek Geographischer Handbücher), 1882.
- , *Las razas humanas*, I y II, Barcelona, Montaner y Simon Editores, 1888-1889 [1885-1888].
- , "Geschichte, Volkerkunde und historische Perspektive", en *Histor. Zeitschrift*, 1893.
- Rodríguez García, Ignacio, "Mesoamérica, ese oscuro objeto del deseo", en *Dimensión Antropológica*, México, vol. 7, núm. 19, 2000, pp. 47-63.
- Rojas González, Francisco et al., *Etnografía de México. Síntesis monográficas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.
- Rutsch, Mechthild, "En torno al Coloquio Mesoamérica y nuestra memoria del doctor Paul Kirchhoff", en *Dimensión Antropológica*, México, vol. 7, núm. 19, 2000, pp. 33-45.
- Sauer, Carl, "La distribución de las tribus y las lenguas aborígenes del noroeste de México", en *Aztatlán* (recop., trad. y pról. de Ignacio Guzmán Betancourt), México, Siglo XXI Editores (Los once ríos), 1998 [1934], pp. 95-198.
- , "La población aborígen del noroeste de México", en *Aztatlán* (recop., trad. y pról. de Ignacio Guzmán Betancourt), México, Siglo XXI Editores (Los once ríos), 1998 [1935], pp. 199-241.
- Sauer, Carl y Donald Brand, "Aztatlán: frontera prehispánica mesoamericana en la costa del Pacífico", en *Aztatlán* (recop., trad. y pról. de Ignacio Guzmán Betancourt), México, Siglo XXI Editores (Los once ríos), 1998 [1932], pp. 1-94.
- Schmidt, Wilhelm, "Die Kulturhistorische Methode in der Ethnologie", en *Anthropos*, VI, 1911, pp. 1010-1036.
- , "Kulturkreise und Kulturschichten in Südamerika", en *Zeitschrift für Ethnologie. Organ der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, vol. 45, núm. 6, 1913, pp. 1014-1124.
- , *The Culture Historical Method of Ethnology. The Scientific Approach of Racial Question*, Nueva York, Fortuny's, 1939 [1936].
- Sieber, S.A., "Translators Preface", en *The Culture Historical Method of Ethnology. The Scientific Approach of Racial Question* (Wilhelm Schmidt, autor), Nueva York, Fortuny's, 1939, pp. XXVII-XXX.
- Vázquez León, Luis, *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, Leiden, Leiden University (Research School CNWS Publications, 44), 1996.
- , "Graebner y la estructura teórica subyacente en la Mesoamérica de Kirchhoff", en *Dimensión Antropológica*, México, vol. 7, núm. 19, 2000, pp. 167-190.
- Vivó, Jorge A., "La etnología en México", en *Paul Kirchhoff. Escritos selectos. Estudios mesoamericanos. Vol. 1. Aspectos generales* (Carlos García Mora, Linda Manzanilla y Jesús Monjarás-Ruiz, eds.), México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2002 [1940], pp. 41-42.
- , "Límites y caracteres de la cultura mesoamericana", en Jorge A. Vivó, ed., *México prehispánico. Culturas deidades y monumentos. Antología de Esta Semana. This Week 1935-1946*, México, Editorial de Emma Hurtado, 1946, pp. 63-70.
- Wauchope, Robert, "Hermann Beyer", en *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, historia, historia antigua y lingüística mexicanas. Tomo IX 1959. Tomo especial de homenaje consagrado a honrar la memoria del ilustre antropólogo doctor Hermann Beyer*, México, Sociedad Alemana Mexicanista, 1961 [1944], pp. 31-38.
- Wouden, Franciscus Antonius Evert van, *Types of Social Structure in Eastern Indonesia*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1968 [1935].
- Zapett Tapia, Adriana, "Paul Kirchhoff", en *La antropología en México. Panorama histórico. 10. Los protagonistas* (Díaz-Murillo), (Carlos García Mora, coord. general; Lina Odena Güemes, coord. del vol.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Biblioteca del INAH), 1988, pp. 352-359.
- Zuidema, Reiner Tom, *El sistema de ceques del Cuzco. La organización social de la capital de los incas*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995 [1964].